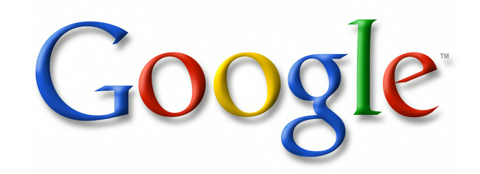




COQUETISMO

Y

PRESUNCION,

comedia original,

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

POR

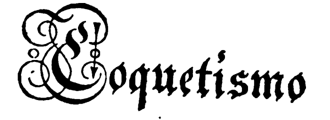
DON FRANCISCO DE FLORES

Y ARENAS.

Representada por primera vez, en el teatro de la Cruz el dia 13 de mayo de 1831.

MADRID:
Imprenta que fue de García, calle Jacometrezo,
1831.





Y

PRESUNCION.

Siendo esta comedia una propiedad del editor, y cuyos ejemplares van rubricados, se perseguirá con todo el rigor de la ley á cualquiera que la reimprima.

COQUETISMO

Y

PRESUNCION,

COMEDIA ORIGINAL,

EN TRES ACTOS.

POR D. FRANCISCO DE FLORES Y ARENAS.

»De árbol que el suelo envenena
Es provechoso hacer tala,
Y arrancar la yerba mala
Es hacer medrar la buena.»
Acto I.º Esc. V.ª

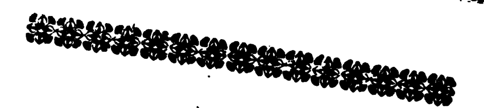


MADRID:
Imprenta que fue de Garcia, calle Jacometrezo,
1831.

PERSONAS.

Doña María, madre de......	Sra. Virg.
Adela....................................	Sra. Samaniego.
Inés, criada de doña María..	Sra. T. Baus.
Fermin, fingido nombre de don Antonio....................	Sr. Luna.
Luis, primo del anterior......	Sr. Ram. Lopez.
Pedro, criado de don Judas.	Sr. José Cubas.
D. Judas, tio de los anteriores.	Sr. Campos.

La Escena es en Cádiz en una sala de la casa de doña María.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

FERMIN É INÉS.

Fermin entrando como de la calle se quita el sombrero y lo deja. Inés de casa.

FERMIN.

¿Han venido?

INÉS.

No señor.

FERMIN.

¿Y cómo sigue la tia
de sus males?

INÉS.

Cada dia,
señorito, está peor.

FERMIN.

Pues ya de fastidio pasa
que por esa bagatela,
ni tu señora ni Adela

jamas estén en su casa.

INÉS.

La señorita me dijo
para usted que aquí la aguarde.

FERMIN.

Como ella mucho no tarde
no será.....

INÉS.

¿De veras?

FERMIN.

Fijo.
Yo, Inés, jamas me avasallo
á caprichos de muger,
y de aqueste proceder
muy satisfecho me hallo.
¡Qué mal de otra suerte hiciera!
Con juventud, con caudal,
y una figura tal cual
¿me ha de faltar quién me quiera?
Por fortuna hay tal enjambre
de mugeres en el dia,
que fuera estraña manía
el querer rendir por hambre
á quien tanto se promete;
así, dile me he marchado,
pues no estoy acostumbrado
á ser de nadie el juguete.

INÉS.

(¡Qué vanidad!) ¿Mas, señor,
usted no la ama?

FERMIN.

¿Yo....? Sí....
Pero aun mas me quiero á mí.

INÉS.

Mal le paga usted su amor.
La vida le costaria
un desden tan solo.

FERMIN.

Ya.

INÉS.

Pedro viene.

FERMIN.

¿Qué traerá?

INÉS.

Alguna majadería.

ESCENA II.ª

Dichos y Pedro.

PEDRO.

Señorito.

FERMIN.

¿Qué ha ocurrido
de nuevo?

PEDRO.

Tengo que hablarle.

INÉS.

Pues ya consigo dejarle
con Perico, me despido,
que han de ser mas de las dos,
y tengo mucho que hacer
allá dentro.

PEDRO.

A Dios muger.

FERMIN.

Inés hasta luego. A Dios.

ESCENA III.ª

Fermin y Pedro.

FERMIN.

¿Qué hay en suma?

PEDRO.

Que ha de haber.
Que don Luis sin avisar,
ahora acaba de llegar.

FERMIN.

¡Mas cómo.....! *(Coge el sombrero.)*

PEDRO.

No es menester.
Ya sabe está usted aquí,

y no puede tardar nada.

FERMIN.

¿Y á qué viene esa embajada
y aquese misterio? ¿Dí?

PEDRO.

¿Qué sé yo? Lleve el demonio
lo que yo entiendo èste lio.
Mas como el tio no es tio,
ni usted es ya don Antonio,
ni aun yo mismo sé quién soy;
bien pudiera, sin querer,
echar el primo á perder
lo adelantado hasta hoy.
Por eso con tal secreto
vine á avisar su venida.

FERMIN.

Primera vez en mi vida
que te he encontrado discreto.
En fin, nadie en casa está,
y fue vano tu temor.
¿Mas tardará?

PEDRO.

No señor.
Aquí le tiene usted ya.

ESCENA IV.ª

Dichos y Luis.

LUIS.

Primo.

FERMIN.

Luis.

LUIS.

Con cuanto gozo
te miro, y con que impaciencia,
despues de tan larga ausencia
me tenias..... ¡Qué buen mozo!
¡Qué galan! ¡Y qué elegante!

FERMIN.

Favores tuyos.

LUIS.

No, á fe.....

FERMIN.

Mas á otra cosa. ¿Por qué
no avisaste al instante
que decidiste venir?

LUIS.

Fue por la misma razon
que en seis meses, ni un renglon
tuyo pude recibir.
Te escribí desde Alcalá,
en donde asuntos tenia

de mi casa, y ya creía
volver pronto por acá;
cuando un correo, me hallo
con que mi padre está en cama
gravemente enfermo, y clama
por verme; monto á caballo,
llego á Madrid, y la suerte
dejó mi anhelo cumplido;
pues le hallé restablecido
cuando temia su muerte:
supe al volver de Castilla
que de París te marchaste,
que á Barcelona llegaste,
y que estabas en Sevilla.
Allí buscarte pensé;
pero pronto desespero;
pues nadie tu paradero
me dice; á Cádiz llegué
por dicha supe de tí,
y como yo he visitado
esta casa, sin cuidado,
á abrazarte vine aquí.

FERMIN.

Pues la echabas á perder
de medio á medio.

LUIS.

¡Yo!

FERMIN.

Cierto.

LUIS.

Hombre me has dejado muerto.

FERMIN.

Oye, que vas á saber
la historia de aqueste enredo.

LUIS.

Que me ha de agradar confio.

FERMIN.

Ve Pedro, busca á mi tio
y avisale.

PEDRO.

En todo quedo. *(Vase.)*

ESCENA V.ª

Luis y Fermin. (se sientan.)

LUIS.

¿Y bien?

FERMIN.

Estraño quizá
puede haberte parecido
el verme aquí introducido
como me ves, y será
mas grande tu admiracion
cuando sepas lo que pasa,

pues ignoran en la casa
mi nombre y mi condicion.
Sabes que doña María
trató con mi parentela
enlazarme con Adela,
á quien yo no conocia:
viéndome solicitado,
á sus ruegos me abandono,
que es de gentes de gran tono
boda por razon de estado.
La grande fama de bella
que mi futura tenia,
despertó en mi la manía
de verla, sin que ni ella
ni nadie en Cádiz supiese
quien era yo, su hermosura
rendir, y que esta aventura
un nuevo lauro me diese.
Llegué en hora peregrina,
pues apenas dejo el coche
supe como aquella noche
iba al Moises mi heroina;
y para gobierno mio,
su palco aprendí tambien.

LUIS.

Bravísima entrada. ¿Y quién
tanto te dijo?

FERMIN.

Mi tio.

LUIS.

Es verdad; sigue adelan

FERMIN.

Ya estaba alzado el telon
cuando llegué, y la atencion
llamo de tanta elegante
que me mira, y me importuna.
Yo, con aire de conquista,
paso por todas la vista;
mas sin fijarme en ninguna.
Me siento, y á los actores
miro con faz desdeñosa,
como quien dice: no es cosa,
yo los he oido mejores:
vuelvo la espalda á la escena
fingiendo estar aburrido,
mientras juego distraido
con los sellos y cadena.
Pongo el guante, limpio el lente,
doy una mano al cabello,
arreglo corbata y cuello,
y á mi Adela ya impaciente
con lánguidos ojos miro;
se sonrie, y de mi amada
pago una dulce mirada

con un amante suspiro.
Ufana al ver que ha dejado
á sus rivales burladas,
con un millon de monadas
me muestra que soy amado.
Habla en tanto el anteojo,
señas hago, amor las guia,
y ¡qué dicha! ya era mia
en el paso del mar Rojo.

LUIS.

¡Jesus, qué admirable paso!

FERMIN.

De mi ventura seguro
todos los medios apuro
para conseguirla, el caso
cuento por menor al tio,
le digo cual es mi objeto,
exigiéndole el secreto
que á su discrecion confio,
y por tal conducto, en fin,
consigo hacerle visita
y enamorar á Adelita
bajo el nombre de Fermin.

LUIS.

Con que al cabo, en ese abismo
caiste ya.

FERMIN.

No señor,
que amar y hacer el amor
no quieren decir lo mismo.
Sabes que toda mi vida
pensé, como pienso ahora,
que el que á una muger adora
de lo que vale se olvida.
Ni aprecio, ni apreciar quiero
á ese sexo fementido,
con el fuerte, envilecido,
con el débil, altanero:
aman á quien las desprecia,
desprecian al mas amante,
la que algo sabe, es pedante,
y es insufrible la necia:
nadie jamas las escede
en perversidad y engaño,
pues la que no te hace daño
es porque hacerlo no puede.
Te juran amor sin fin,
y esto lo prometen todas,
mas dura como las modas
hasta el nuevo figurin;
pues en el instante mismo
que hallan quien las haga un ge
coges el fruto bien presto

de su innato coquetismo.
Di si con tal opinion
será facil que las quiera.

LUIS.

Es cierto; mas bueno fuera
hacer una distincion.
Nadie como yo en el mundo
ódia á la inmoral coqueta;
mas nadie tanto respeta
á un sexo amable en quien fundo
mi felicidad futura;
así despliego mi saña
contra la que el brillo empaña
del pudor y la hermosura.
De árbol que el suelo envenena
es provechoso hacer tala,
y arrancar la yerba mala
es hacer medrar la buena.
No á todas tu errado celo
las juzgue por un igual;
que quien de ellas habla mal
es como el que escupe al cielo.
Así te juzgo engañado
en lo que de amor infieres;
que hay mugeres de mugeres.

FERMIN.

Cosas del siglo pasado!

LUIS.

Como tu gustes. ¿Mas di?
¿A tu razon no le choca
amor tan pronto y tan poca
reserva en la niña?

FERMIN.

Sí.
Pero á veces un capricho
en cariño se convierte;
y quizás Adela....

LUIS.

Advierte
que no há un instante, me has dicho,
lo falaz y lo engañoso
que es el afecto en muger.

FERMIN.

Mas eso se ha de entender
cuando da con un baboso.
Cuide el hombre no resbale,
que va á dar en un abismo:
dese gran tono á sí mismo
y pondere lo que vale;
y aunque él no prometa boda,
ni en su conducta sea puro
puede contar por seguro
con verse un dia de moda.
Ni desdenes, ni tibieza

verá en la niña mimada,
ni se armará la taimada
de femenil sutileza:
á la de mas alta esfera
mas la desaire y humille,
que no haya miedo que chille
ni su amor propio se hiera;
antes bien su orgullo necio
se vuelve en humilde ardor,
y lo que no pudo amor
siempre lo puede el desprecio.
Aquesta, Luis, es mi escuela,
y en tanto como he corrido,
ninguna me ha resistido.

LUIS.

Dichoso tú. ¿Pero Adela
nunca llegó á sospechar
quién eras?

FERMIN.

Ni por asomo.

LUIS.

Pues es estraño.

FERMIN.

¿Mas cómo
lo pudiera averiguar?
Dos meses no se han cumplido
desde que á España volví,

y así en Sevilla y aquí
soy de pocos conocido:
y tio, con fundamento
juzgo que lo ha de callar,
pues que jamas sabe hablar
sino de la mar y el viento.

LUIS.

¿Con qué sigue en su m

FERMIN.

Pero con tal aficion
que su perenne mansion
es la torre de Vigía:
decide en tono maestro
de buques y temporales,
y sabe el plan de señales
lo mismo que el padre nuestro.
La muralla es su paseo,
el Ciscar es su alcoran,
su testo don Jorge Juan,
y Tofiño su recreo,
el anteojo es su pasion,
y en aquesa lengua insana
llama porta á la ventana,
y á la puerta, el portalon.
Para él cualquier lienzo es vela,
es camarote la alcoba,
y en fin, son pages de escoba

los chicos de la candela.
De modo que aunque pregunto
no entiendo su algaravia.

LUIS.

Te compadezco á fe mia.
Mas, volvamos á tu asunto.
¿Dime? ¿La buena viuda
cómo piensa?

FERMIN.

No se esplica;
mas querrá casar la chica.
¿Puede en eso caber duda?

LUIS.

Pero el compromiso.....

FERMIN.

Bravo,
cuando un novio se presenta
madre hay que ajusta la cuenta
al hombre, hasta de un ochavo,
y el que mas tiene, se queda
por ley de mejor postor,
que hay pujas en el amor
como si fuese almoneda.
Los compromisos son grillos
que ligan en sus deberes
al hombre; mas las mugeres
no reparan en pelillos.

LUIS.

¿Y piensas casarte presto?

FERMIN.

No lo sé.

LUIS.

¿Pues cómo así?

FERMIN.

Antes que viniese aquí
ya todo estaba dispuesto:
documentos y retrato
tiene en su poder el tio
hace ya tiempo, aunque fio
que lo ignoran; asi trato
de dar largas con cautela
al dichoso casamiento,
pues este descubrimiento
cosa ha de ser de novela.
Mas aquí para los dos.
Por lo que me has indicado,
de que estás enamorado
tengo sospecha, y por Dios
que en tu genio lo estrañara.

LUIS.

Pues es cierto.

FERMIN.

¡Estás en tí!
¿Y eres hombre?

LUIS.

Creo que sí.

FERMIN.

¿Y amas?

LUIS.

La cosa no es rara.

FERMIN.

Por llegarla á conocer
diera un dedo sin reparo.

LUIS.

Lo que es yó, á precio tan caro,
ni á Venus quisiera ver.
Mas, con menos te prometo
que ese empeño has de lograr;
pues el venirla á esperar
es de mi viage el objeto.

FERMIN.

¿Con qué será prima mia?

LUIS.

Así parece.

FERMIN.

¡Qué horror!
¿Te casas? ¿y con amor?
¡Jesus, y qué gansería!

LUIS.

¡Qué dices!

FERMIN.

¿No ves, Luis,
que ya estás á vulgo oliendo?
¡Cuánta falta te está haciendo
un bañito de París!

LUIS.

¿Estás loco?

FERMIN.

Bueno fuera.

LUIS.

¡Qué! ¿Es vergüenza enamorarse?

FERMIN.

No sé; mas sí lo es casarse
como se casa un cualquiera.

LUIS.

Pues al contrario, yo infiero
que en amor no hay preferencia.

FERMIN.

¿Y entónces qué diferencia
hay de tí á tu zapatero?

LUIS.

¡Qué aqueso á decir te atrevas!
su amor mi dicha asegura.

FERMIN.

Si en amor buscas ventura
valiente chasco te llevas.
Busca orgullo, veleidades,

manías é impertinencia,
y armate bien de paciencia
para escuchar necedades;
busca insensatez, capricho,
busca vanidad sin seso,
busca en fin muger, y en eso
cuenta que todo está dicho.

LUIS.

¡Qué exagèrada manía!

FERMIN.

Luis, la constancia amorosa,
aunque suena á grande cosa,
solo es palabra vacía;
y yo, entre tanta muger,
constante no hallé ninguna.

LUIS.

Culpa á tu propia fortuna
si no supiste escoger.

FERMIN.

Mas si en mi vida tal ví
¿cómo quieres que lo crea?

LUIS.

Como crees que hay Guinea
y nunca estuviste allí. *(Llaman.)*

FERMIN.

En eso no convenimos.

LUIS.

Calla, que llegan por fin.

FERMIN.

No olvides que soy Fermin,
y que ya no somos primos.

ESCENA VI.ª

Dichos, doña María y Adela.

FERMIN.

Señoras, tengo el honor.....

DOÑA MARÍA.

Ferminito, cuanto siento
que usted..... ¡Mas cómo! ¡Luis!
¡Por mi casa tanto bueno!
¿cuándo ha sido la llegada?

LUIS.

No há una hora, y el deseo
que de ponerme á sus pies
tenia, me trajo luego
aquí, en donde por mi dicha,
de Fermin tuve el encuentro.

ADELA.

¿Qué, usted conoce al señor?

LUIS.

Sí, Adelita, hace ya tiempo.

FERMIN.

Desde antes de mis viages.

LUIS.

Asi es.

FERMIN.

¿Y qué tenemos
de males?

LUIS.

¿Pues qué, señora,
hay en casa algun enfermo?

DOÑA MARÍA.

En casa nó; mas mi tia
Paulita se está muriendo
de revolucion de humores
con vómitos y despeños,
y aunque toma quina, á sacos,
no puede el doctor con ellos.

LUIS.

Será ya muger de edad.

DOÑA MARÍA.

Mas no como para eso.
¿Pero usted no la conoce?
Hombre sí.

LUIS.

Pues no me acuerdo.

DOÑA MARÍA.

Sí, sí tal.

LUIS.

Como usted guste.

DOÑA MARÍA.

Es mucha pena por cierto.

ADELA.

¡Ay Jesus! mi pobre tia..... (*Llora.*)

FERMIN.

¡Qué usted llora!

LUIS.

Y es muy bello
ese llanto, que demuestra
un corazon noble y tierno;
mas no se anticipe usted
á sí misma el sentimiento,
que aunque deba presumirse
aun no existe como cierto.

FERMIN.

Tiene razon, ¿A qué vienen
esas lágrimas?

DOÑA MARÍA.

Luis, tiemblo
de cualquier cosa que ocurre
por mi hija. Es mucho cuento;
porque como es tan sensible
y como tiene esos nervios,
con solo ver un raton,
con oir hablar de muertos,

con que un mosquito la pique,
ó cosa así, en el momento
empieza á hacer mil visages,
contorsiones y aspavientos;
de modo que es menester
darle eter y hacerle fresco,
sin otras veces, que es fuerza
aplicarle mas remedios.

LUIS.

¿Y le hacen efecto?

DOÑA MARÍA.

Sí.

LUIS.

Al cabo siempre es consuelo.

DOÑA MARÍA.

Todo en fin está ya dicho,
con que sepan que tenemos
tres ó cuatro convulsiones
el dia que matan perros.

ADELA.

Es mucha pension.

LUIS.

Sí, mucha.

DOÑA MARÍA.

No tiene un instante bueno.

FERMIN.

¡Oh! Para esto de sensibles

las francesas: En Burdeos
me sucedió una aventura
que prueba á cuantos escesos
su imaginacion ardiente
las arrastra. Este es el hecho.
Estaba yo cierto dia
vistiéndome en mi aposento
cuando me pasan recado
de que uno con gran secreto
me buscaba, le hago entrar,
y sorprendido me quedo
viendo en el tal, un criado
de librea y muy bien puesto.
Le pregunto que me quiere,
y él, despues de cien misterios,
una carta me entregó
y se fué. La abro, la leo;
mas ¡cuál fue mi admiracion!
al encontrar que el sugeto
que escribia, era una dama
del gran tono en aquel pueblo,
hija de padres muy nobles
y muy ricos; por supuesto
gentes de coches, landó,
gran mesa, tertulia y juego,
en fin soberbio partido.
Y que á mas de todo eso,

era muy bella y tenia,
pelo rubio, hermoso cuerpo,
tocaba el arpa, el piano,
otra porcion de instrumentos,
bailaba con mucha gracia,
(el rigodon por supuesto),
y todo por este estilo.
Mas lo estraño del suceso
es que solo la habia visto
dos veces en el paseo;
sí noté me habia mirado,
pero nunca hice alto en ello.
En fin, su esquela decia
que la causa de este yerro
era haberse enamorado
de mí, que creyó primero
poder domar su pasion;
mas que ya el único medio
era, ó mi correspondencia
ó la muerte. En tal estremo
le contesté que mirase
por sí misma, que el afecto
no se manda, y la pedia
renunciase á su proyecto.

Luis.

¡Qué crueldad!

FERMIN.

Luis, yo á nadie
solo por lástima quiero.
Mas escucha el fin del lance.

ADELA.

¡Podrá darse hombre mas necio! (*Ap.*)

FERMIN.

Al cabo de algunos dias
supe que del sentimiento
estaba enferma y muy grave;
por mas que hicieron remedios,
por mas que de Mompeller
cuatro doctores trajeron,
en fin, por mas que gastaron
al cabo de mes y medio
murió la pobre.

LUIS.

¡Murió!

DOÑA MARÍA.

¡Hombre!

ADELA.

¿Mas cómo?

FERMIN.

Muriendo.

ADELA.

Mire usted no fuera engaño.

FERMIN.

Si yo mismo ví el entierro.

LUIS.

Dígote Fermin, que en Francia
tienen un modo estupendo
de querer.

FERMIN.

En todo el norte
suelen morirse de celos
ó de amor, con la frecüencia
que por acá morir vemos
todos los dias de asma,
calentura, ó mal de pecho.
Allí una muger se ahorca
ó se atraca de veneno
con la frescura del mundo
por lo que aquí importa un bledo.
¿Cada dia no nos cuentan
los papeles estrangeros
cien mil tragedias de amor?
¿Por ventura no sabemos
que en el Tamesis y el Sena
se encuentran cada momento
cadáveres á montones,
víctimas de su despecho?

ADELA.

Ay Fermin, no siga usted

que me da horror.

LUIS.

Es muy cierto.
Ya que por dicha de España
aun en moda no se ha puesto
ahogarse en el Guadalete;
y ya que gracias al cielo,
suele ser nuestro amor mas
y nuestra apariencia menos;
no recuerdes infortunios
que á todo corazon tierno
deben contristar.

FERMIN.

Pues sea,
y de otra aventura hablemos.
Cuando yo estuve en Moscow.....

LUIS.

¡Jesus María, y qué lejos!

FERMIN.

Hombre calla.

ESCENA VII.ª

Dichos y don Judas.

D. JUDAS.

Buenos dias
señoras.

FERMIN.

Se acabó el cuento.

D. JUDAS.

Luis. *(Se abrazan.)*

LUIS.

Tio.

D. JUDAS.

Dame un abrazo.

LUIS.

Si señor, aunque sean ciento.

D. JUDAS.

¡Válgame Dios, mi Luis,
que gordo estás, y que bueno!
A Dios señor don Fermín.

FERMIN.

Don Judas, servidor vuestro.

LUIS.

¿Quién avisó á usted?

D. JUDAS.

Perico,
casualmente llegó á tiempo
que estaba parado enfrente
del pabellon de ingenieros
viendo ese buque que entra
de la Habana.

FERMIN.

(Estamos frescos.) *(Aparte.)*

DOÑA MARÍA.

¿Ese barco....?

D. JUDAS.

Buenos pies,
fino, limpio de aparejo;
¿pero y qué? Si tiene guinda
para un navío lo menos
de ochenta y cuatro.

FERMIN.

(Ya escampa, *(Aparte.)*
nos cayó de medio á medio
la lotería).

DOÑA MARÍA.

Don Judas, si á mí no me importa eso.

D. JUDAS.

Es que creí.....

DOÑA MARÍA.

Mal creido.
Lo que yo saber deseo
es sí trae correspondencia.

D. JUDAS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

Porque espero
cartas. ¿Y cómo se llama?

D. JUDAS.

El bergantin Fariseo.

DOÑA MARÍA.

¡Jesus, que nombre tan raro!

D. JUDAS.

Como otro, ni mas ni menos.
Pues señor como decia,
en el instante en que Pedro
se puso á la voz, y supe
de tu llegada el suceso,
viré al punto por redondo,
y largando el aparejo
atraqué el vote á esta casa
donde por dicha te veo.

DOÑA MARÍA.

¿Pero por qué habla usted siempre
de modo que nos quedemos
en ayunas?

D. JUDAS.

¿Yo señora?
¿Pues acaso es esto griego?

ADELA.

¿No lo ha de ser? Si señor;
vea usted yo que me mareo
de ir al muelle, y del marisco
ni aun sufrir el olor puedo.

D. JUDAS.

Pues muchas conozco yo
de estómago tan diverso,

que en vez de agua de colonia
se echan brea en el pañuelo.

ADELA.

¡Ave María!

DON JUDAS.

Lo dicho.

¿Mas dime Luis, del Puerto
cuándo saliste?

LUIS.

A las doce.

D. JUDAS.

¿Y por mar?

LUIS.

Por mar.

D. JUDAS.

Mal hecho,
que hoy es el viage muy largo.

LUIS.

Una hora.

D. JUDAS.

¡Hombre estás lelo!
Pues si es sur cuarta al sudoeste.

FERMIN.

¿Mas él que entiende de vientos?

LUIS.

Asi es.

D. JUDAS.

¿Y en qué demonios
has empleado tu tiempo?
¡Vaya que hoy dia en España
no hay estudios de provecho!
Y mucha universidad,
mucho latin, mucho griego,
muchísimas tonterías,
y salen de sus colegios
los jóvenes muy ufanos,
sin saber. ¡Qué! ni por pienso,
mandar una maniobra,
ni arreglar un aparejo;
en fin, nada de sustancia.
Y porque vean no miento,
sepan que no há mucho en Cádiz,
tuvo valor un sugeto
de ignorar que era Relinga.

LUIS.

Y se quedaria tan fresco.

DOÑA MARÍA.

Cállese por Dios, don Judas,
que estoy hasta los cabellos
de la mar, de los navíos,
y de oir lo que no entiendo.

D. JUDAS.

Pues doblemos esa oja.

¿Mas Adelita, qué es esó?
¿Está usted triste? ¿qué ocurre?

ADELA.

Para mí, nada de bueno.

D. JUDAS.

Me parece que esos ojos.....

LUIS.

Diga usted mas bien luceros,
que aunque hoy los nuble el dolor,
no son así menos bellos.

ADELA.

Aunque la juzgo lisonja,
siendo suya la agradezco.

D. JUDAS.

¿Pero por qué don Fermin
está tan á sotavento
de la niña? ¿Hay temporal?

FERMIN.

Mal humor.

D. JUDAS.

Entonces presto
subé el barómetro.

FERMIN.

No,
como á nadie le intereso
nadie busca el complacerme,
mas ello dirá.

ADELA.

(¡Qué necio!) *(Aparte.)*

D. JUDAS.

¡Ay qué cabeza la mia!
Es verdad: ahora me acuerdo
de que la pobre Paulita
se está yendo á pique. Y esto
que acabo de preguntarle
á su sobrino don Pedro.

DOÑA MARÍA.

¿Y cómo sigue?

D. JUDAS.

Muy mal,
por las noticias que tengo
ya tiene el práctico á bordo.
Doña María, me temo
que tire pieza de leva
esta tarde misma.

ADELA.

Y eso
será malo. ¿No es verdad?

D. JUDAS.

¿Pues cómo puede ser bueno?

ADELA.

Es mucha pena.

D. JUDAS.

Si tal,

pero es ya casco muy viejo.
El año de ochenta y dos
la obsequiaba, un tal don Diego
que se ahogó en una flotante,
y á los dos años de esto
se casó con su marido,
el difunto don Tadeo
de Berrigori y Arratia,
que navegó mucho tiempo
en la nao de Acapulco.
Era escelente sugeto,
y como buen vizcaino
testarudo y marinero.

DOÑA MARÍA.

Así lo dicen, mas yo
casi nada de él me acuerdo.

D. JUDAS.

¡Cómo! ¿No recuerda usted
(poco sonado fue el cuento)
cuando varó en la Milagros
yendo de aquí á Puerto Belo?

DOÑA MARÍA.

No señor.

D. JUDAS.

Todas las noches
jugábamos á los cientos
en casa de un don Hilario,

maestre de la Consuelos,
que vivia, y por mas señas
que allí murió, bien me acuerdo,
medio cable de mi casa;
aquí en la calle del Puerto
en la acera de babor
como quien va ácia paseo;
y él tambien.....

FERMIN.

¿Pero es posible
que al mismo tema volvemos
treinta mil veces? Don Judas
hable usted por Dios le ruego
de otra cosa.

D. JUDAS.

¿Cómo qué?

FERMIN.

De noticias por ejemplo.

D. JUDAS.

¿Pues hombre, yo de qué hablo?

FERMIN.

No es eso lo que yo quiero.
¿Qué nos cuentan las gacetas?
¿Los papeles estrangeros
que opinan? ¿Qué hay de los turcos?

D. JUDAS.

Yo hace dias que no leo

sino el parte de la torre,
y como allí no habla de eso
vengo solo á sacar de él,
si hay calmazo ó viento fresco.

DOÑA MARÍA.

Y ¿usted ha viajado mucho?

D. JUDAS.

Así, así. Por ejemplo,
no he estado en Lima, ni en Cuba,
ni en Veracruz, ni tan lejos,
porque nunca se ofreció;
pero he ido á Rota y al Puerto
y á la Carraca mil veces,
con levante y con mal tiempo,
que yo en esto de la mar
nunca, nunca tuve miedo.

LUIS.

(El tio es original). *(Aparte.)*

D. JUDAS.

¡Mas cómo se pasa el tiempo!
las tres ya! ¿Vámonos? *(Mirando el relox.)*

LUIS.

Vamos.

D. JUDAS.

Sí, que ya es hora que levemos
el ancla. *(Se levantan.)*

DOÑA MARÍA.

Si ustedes gustan.....

D. JUDAS.

Por mi parte lo agradezco.

LUIS.

Nosotros tambien.

FERMIN (*á Adela á media voz.*)

Adela,
sepa usted que no estoy hecho
á esperar á nadie.

ADELA.

¿Y cómo
pude yo remediar eso?

D. JUDAS.

Vamos Fermin.

FERMIN.

Si señor.

LUIS.

(Demos principio al enredo). (*Ap.*)
Quisiera hablar con usted. (*A Adela.*)
¿Será esta tarde buen tiempo?

ADELA.

Juzgo que sí. (*A Luis.*)

D. JUDAS.

Hasta la noche.

FERMIN.

Señoras.....

LUIS.

A los pies vuestros.

DOÑA MARÍA.

Luisito que usted descanse.
A Dios Fermin.

ADELA.

Hasta luego.

ESCENA VIII.ª

Doña María y Adela.

DOÑA MARÍA.

¡Qué formal es este Luis!
¡Qué juicio! ¡Qué buen talento!

ADELA.

Si señora, cada dia
es mas amable.

DOÑA MARÍA.

¡Y qué bello
corazon! ¡y qué caudal!
¡Qué mayorazgo tan bueno!
Vaya, cualquier madre en Cádiz
le tomará para yerno
á dos manos.

ADELA.

Ya se vé.

DOÑA MARÍA.

Y como hoy dia está el tiempo
que con tantos camastrones
no hay novios para un remedio.
En fin, tú ya estás segura
de casarte, y sea luego
lo que Dios quiera. El asunto
hecho está; pero confieso
que tengo tan poca fe
aun en las cosas que veo
y toco, que no es posible
confie en gentes de lejos.
Él podrá ser buen muchacho.
Podrá ser rico; mas esto
de no ver yo lo que tiene
es un gran desasosiego.
Y despues como en mi vida
he estado por tierra adentro,
solo sé contar talegas,
no aranzadas ni viñedos.
¿Ni qué puedo entender yo
del cortijo, del apero,
del olivar, de las reses,
y otras mil cosas? ¿Y luego
quién resiste con paciencia
á su lado un llanto eterno?
Lloran, cuando llueve mucho.

Lloran si está el tiempo seco,
y se quejan del gorgojo,
y se lastiman del muermo.
Ademas, entre estas gentes,
se está siempre con el credo,
como dicen, en la boca;
pues cuando se espera menos
el granizo ó la langosta
le dejan al novio en cueros.

ADELA.

Es verdad, mamá, y despues
que aun ignoramos su genio,
ni cómo piensa, si es hábil,
si es tonto, bonito ó feo.
En fin, estamos á ciegas
todavia.

DOÑA MARÍA.

Pues por eso
quisiera yo que si acaso
se presentase un sugeto
que nos tuviese mas cuenta.....
Es decir, que fuera bueno
dejar que ruede la bola
mas, sin descubrir el cuerpo.
Ya ves tú. ¿Yo qué interés
pudiera tener en ello
sino tu felicidad?

¡Con qué gusto, por ejemplo,
viera yo á tu lado un joven
como Luis! ¿y qué sabemos?
él es hombre, y es seguro
que los novios se hacen de ellos.

ADELA.

Mas tal vez no piensa en mí.

DOÑA MARIA.

Podrá ser: pero yo tengo
acá mi sospecha, y juzgo
que acaso no está muy lejos
de caer. En todo trance
y á mal dar, siempre tenemos
el recurso del de allá,
que aunque sea un majadero
al fin se casa.

ADELA.

Seguro.

DOÑA MARIA.

Ese es el item del pleito.
Fermin creí yo algun dia
que valiera para yerno;
pero es tan vano el muchacho,
tan presumido en estremo,
que á falta de otro mejor
solamente fuera bueno.

ADELA.

Si señora, es muy preciado
de sí mismo.

DOÑA MARIA.

Pues, volviendo
á Luis, sabes que fuera
un brillante casamiento
para cualquiera muchacha.
Su casa es de caballeros,
de sangre azul, es maestrante,
y por el lado materno
tiene una vara en Osuna.
Mas no pretendo por esto
que el ser noble sea lo mas,
y el ser rico sea lo menos,
antes bien, para escoger,
á lo segundo me atengo,
que ni nadie aplaca el hambre
con lo que comió su abuelo,
ni nunca una ejecutoria
dió caldo á ningun puchero.

ADELA.

Pero aquí hay de todo.

DOÑA MARIA.

Sí,
en eso mismo convengo;
él tiene sus posesiones,

y aunque hoy, con los malos tiempos,
anda el oro por las nubes
y la gente por los suelos,
su caudal está muy sano,
ni hay deudas, ni tiene pleitos,
ni goteras en sus casas,
ni ha tomado un real á premio;
paga sus contribuciones
y satisface los censos,
y despues.....

ADELA.

¿Pero mamá,
de dónde sabe usted eso?

DOÑA MARIA.

Toma, de que lo pregunto.

ADELA.

¿Mas señora, y con qué objeto?

DOÑA MARIA.

Con varios. Primeramente,
por el gusto de saberlo,
que en ser curiosa, no hago
mas que demostrar mi sexo:
y despues porque interesa
conocer bien el terreno
que se pisa, y esto siempre
hace mucho al caso. Tengo
una hija: los partidos

ni son muchos, ni son buenos:
hay maulas en abundancia,
hay muchísimo embustero,
y no es un moco de pavo
el casarse. Este es el cuento.
Porque hay mucha diferencia
de andar, como dice el pueblo,
siempre á la cuarta pregunta;
á gastar lujo, aderezos,
palco, trages, figurines,
en fin, á tener dinero,
que es quien hace el caldo gordo,
y es moda de todo tiempo.
Aquesto es lo que interesa,
y de figura no hablemos,
porque hija, el no tener,
al mismo Apolo hace feo.

ESCENA IX.ª

Dichas é Inés.

INÉS.

Señoras, si ustedes gustan.
Yà está la sopa.

DOÑA MARIA.

Me alegro;
porque con la enfermedad

llevo una vida de perros:
vean ustedes, hoy es martes
y aun no he empezado el correo.

ADELA.

Cualquiera que á usted la oyese
juzgara, con fundamento,
que era acaso algun ministro.

DOÑA MARIA.

Pues son cuatro letras; pero
como tengo ya mal pulso,
hago letrones tan feos,
que en entender lo que escribo
se me va lo mas del tiempo.
Ya hasta despues de la siesta
¿quién ha de escribir? Por eso
me llamarás hoy temprano.
¿Entiendes, Inés?

INÉS.

Entiendo.

DOÑA MARIA.

Vamos, niña. *(Vase.)*

ESCENA X.ª

Adela é Inés.

ADELA.

Oye. Despues

tengo que hablarte en secreto
sobre un asunto.

INÉS.

¿Hay acaso
en campaña moro nuevo?

ADELA.

Juzgo que sí.

INÉS.

¿Pues, y el otro?

ADELA.

Para todo hay su remedio
en este mundo. A la tarde
te instruiré de mi proyecto,
y contando con tu auxilio,
grandes cosas me prometo.

INÉS.

Cuente usted conmigo siempre,
que soy criada, y con esto
digo todo.

ADELA.

Está entendido.
¿Vamos? *(Vase.)*

INÉS.

Vamos. (¡Cuánto enredo!)
(No sé quienes son peores,
si son ellas ó son ellos.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Adela é Inés.

ADELA.

¿Inés, aun duerme mamá?

INÉS.

Señorita, la he llamado
pero no se ha levantado,

ADELA.

Pues entonces tardará
en venir. Sabes que hoy tiene
correo, que en ella es obra,
y así habrá tiempo de sobra
para hablar lo que conviene.
En fin, con ansia deseo
hacerte una confianza.

INÉS.

Hágala usted sin tardanza,
que yo sé cual es mi empleo

en estas cosas de amores,
y á Dios gracias, hasta aquí
sabe usted bien que cumplí
con mis deberes.

ADELA.

Favores
que me forzarán, Inés,
á espresarme sin disfraz,
aunque no fueses capaz
de ayudarme. Oyeme pues.
Dificil fuera en verdad
que pudiese mi esperiencia
trocar de amor la apariencia
con la pura realidad.
Así juzgo no me engaño
en una nueva conquista
que hoy dia tengo á la vista.

INÉS.

¡Señorita!

ADELA.

¿Y es estraño?

INÉS.

¿Mas quién?

ADELA.

Luis.

INÉS.

Para bien sea.

ADELA.

Es amable, es instruido,
buen amante y buen partido.

INÉS.

Yo tengo diversa idea,
y en los negocios de amor
quiero, mas que un sabio, un tonto;
porque la pega mas pronto
el que parece mejor.

ADELA.

Aquesa Inés es patraña
que á una muger no disculpa,
pues echa al hombre la culpa
cuando á sí propia se engaña.
Tema en buen hora la necia
la ficcion que en hombres cabe,
mas la que su idioma sabe
los escucha y los desprecia.
Finjase un amante, esclavo;
vano será su mentir,
que aunque ellos saben fingir,
no es ese leon tan bravo.
Y no merece aun el nombre
de muger, ni tal se crea,
la que en el mundo se vea
engañada por un hombre.
Dionos la naturaleza

mil dones en esta parte,
gracias, atractivos, arte,
el talento y la belleza.
Dionos la aparente infancia
que nuestro imperio asegura,
y en el amor, la ternura
á la par que la inconstancia;
nos dió impune libertad
de castigar, sin ofensa,
y puso nuestra defensa
en nuestra debilidad.
Y queriendo á tal poder
dar por fin su complemento,
nos dió tambien fingimiento,
primer don de la muger.
Con las armas que te muestro
de esos tontos no te asombres.

INÉS.

Pero no todos los hombres
se dejan llevar del diestro.
Algunos conozco yo
que no los puede domar
ni el diablo.

ADELA.

Es particular:
sin duda poco aprendió
su dama; pues el amante

mas altivo, y de manías
mas raras, en pocos dias
se hace mas blando que un guante.

INÉS.

¿Mas cómo?

ADELA.

Muy facilmente.
Muestre al verse pretendida
cierta timidez fingida,
cierta modestia aparente.
Hable poco, que es muy sabio
el silencio en la muger,
y para darse á entender
donde hay ojos sobra el labio.
Su mirar lánguido, amante,
consulte con el espejo,
y en él hallará consejo
para hacerse interesante.
Ceda pronto, sin temor
de atraerse sus desprecios;
pues son los hombres tan necios,
tan vanos, que ven amor
donde no ven repugnancia,
y en sus castillos al aire,
á veces, hasta un desaire
lo convierten en sustancia.
Así finja sin cuidado,

segura de ser creida,
una aficion decidida,
un amor desatinado;
pues aunque cualquiera estraña
pasion que tan presto llega,
el amor propio los ciega,
y el orgullo los engaña.
Finja salud quebrantada,
que es bueno en toda ocasion
tener siempre á prevencion
una enfermedad guardada.
Ni jamas una muger
por aqueste estremo peca,
antes bien una jaqueca
suele milagros hacer.
No se muestre á su amador
con aire desaliñado,
pues el corsé y el peinado
son alimentos de amor;
y si á interesar aspira,
no olvide es cosa probada
que ni aun la verdad agrada
sino parece mentira.
En fin, cuando entre en su idea
mudar de objeto y de plan,
no cuide del que dirán,
antes bien el modo vea

de dar al asunto un corte,
y al presentarse un segundo,
con la frescura del mundo
se da al otro pasaporte.
Con estos datos presentes
podrás numerar sin penas
las conquistas por docenas,
por cientos los pretendientes:
y dejemos que hable el necio
y que coquetas nos llame;
pues por mas que al cielo clame
solo halla mofa y desprecio.
Esta es mi opinion, Inés,
y con ella bien me va.

INÉS.

Señorita, así será;
mas ¿y si ocurre despues
no poder en la ocasion
mostrar esa maestria?

ADELA.

¿Pues qué muger en el dia
no finge una convulsion?
¿Quién de colores no muda
cuando el caso lo requiere?
¿Quién no llora cuando quiere?
Y en fin, ¿quién de un arte duda
que tantos triunfos ofrece

á la que sabe fingir?

INÉS.

Yo no dudo: esto es decir
solo lo que me parece.
Pero sepamos en fin
ese plan que usted idea.
¿Engañar á ambos desea,
ó dejar á don Fermin?

ADELA.

Hasta ahora solo quiero,
si Luis me ofrece su fe,
dar á sus proyectos pie
por varias causas. Primero,
por vengar mi propio ultrage,
y dando á ese tonto celos,
que ponga el grito en los cielos
de vergüenza y de corage.
Y despues porque hace dias
que sigo este galantéo,
y á fe mia ya deseo
dar al diablo las manías
de aqueste fatuo importuno.
A mas que prestigio y fama
pierde en el mundo una dama
si la ven un mes con uno.

INÉS.

¡Un mes! ¡Vaya! Dame risa.

¿Y es tanto tiempo?

ADELA.

No hay duda.
En el dia Inés se muda
de amor como de camisa.

INÉS.

¿Y usted le amará?

ADELA.

¡Quién! ¡Yo!
Ni amé ni amar nunca espero;
pues aunque finjo que quiero,
lo que es querer, eso nó.
Busque amorosa cadena
la necia ó la confiada:
mientras yo que escarmentada
estoy en cabeza agena
los detesto.

INÉS.

¡Guarda Pablo!

ADELA.

Nada he dicho que te asombre.

INÉS.

¿Pero por qué?

ADELA.

Porque un hombre
es, en miniatura un diablo.
Esa aparente virtud,

esa honradez que pretende,
son redes que astuto tiende
á la incauta juventud.
No escrupuliza el malvado
de engañar y de fingir,
pues entre ellos el mentir
ni aun se tiene por pecado,
y como tambien hoy dia
en el cariño hay sus modas,
el no enamorar á todas
lo juzgan descortesía.

INÉS.

¿Mas no hay muchos que dan palo
y se casan?

ADELA.

En amor
casarse no es lo mejor,
solo sí es lo menos malo.
Quien el matrimonio abraza,
prepare resignacion,
no sea que por melon
se encuentre con calabaza.

INÉS.

Pues volviendo al nuevo amante,
á don Luis, saber deseo
que he de hacer, cual es mi empleo.

ADELA.

A eso voy. Oye un instante.
Puesto que en la misma casa
viven los tres, he juzgado
que Perico, ese criado
de don Judas, cuanto pasa
ha de saber, y conviene
ponerle de nuestra parte
con el disimulo y arte
propios de quien naguas tiene.
Sonsácale, mas de modo
que nada llegue á entender.

INÉS.

Tal encargo á una muger
es ocioso. Quedo en todo,
pues, aunque gran marrullero,
es criado, y como tal
en tratando de hablar mal
que se desemboce infiero.
Mas suspendamos la junta *(Mira á la*
que es don Luis. *puerta).*

ADELA.

Ya lo sé.

INÉS.

¿Señorita, y yo qué haré?
¿Me voy?

ADELA.

¿Pues quién tal pregunta? *(Vase Inés)*.

ESCENA II.ª

Adela y Luis. (Sientase Adela).

LUIS.

Adela á los pies de usted.
¿Cómo vá? ¿se han serenado
ya esos ojos?

ADELA.

No señor.

LUIS.

Mas el afligirse tanto
repare es perjudicial
á su salud.

ADELA.

Ni un bocado
he podido probar hoy.
Hasta el agua me hace daño
en teniendo yo un pesar.

LUIS.

¿Por qué no se acuesta un rato
y duerme?

ADELA.

Tal pretendí;
pero no pude lograrlo

por mas que hice. En este mundo
á nadie faltan cuidados,
y mas á quien por desgracia,
es sensible.

LUIS.

(Para el diablo
que se fiara de tí). *(Aparte)*.
Yo juzgo muy al contrario
incomparable fortuna,
poseer en alto grado
aquese don, que del bruto
distingue al género humano.
Si en la sensibilidad
tal vez pesares hallamos,
si ella de nuestras pasiones
es el poderoso lazo;
tambien por ella existimos,
tambien por ella gozamos,
y en fin, sin ella el amor
fuera solo un nombre vano.

ADELA.

¡Ah!

LUIS.

¡Qué es esto! ¿Usted suspira
al nombre de amor? ¿Acaso
conoció usted su poder?
¡Ay bella Adelita! Cuantos

recelos ese suspiro,
despierta en mí. Mas si un lazo
anterior vuestra alma liga:
si su corazon mas grato
fue á la llama de otro amante;
no lo ignore yo. Abrumado
de pesares, de tristezas,
aun puede tal vez la mano
del tiempo y la reflexion
curar la llaga, que el dardo
del amor abrió en mi pecho;
mas si cediendo al encanto
de tantas gracias, yo mismo
doy alimento á mi daño:
si una esperanza fomento
de bienes imaginarios
que solo fingen los sueños
de una pasion ¡cuán en vano
arrancar querré algun dia
de mi corazon, el caro
objeto de mis suspiros!
¡Qué momentos tan amargos
envenenarán mi vida!
¡Cuántos pesares! ¡Y en tanto
otro mas feliz disfruta
de ese cariño! ¡Y yo acaso
podré verlo sin morir!

ADELA.

¡Ay Dios, Luis! ¡Qué alterado
está usted! ¡Pero yo..... cómo!
¿Será posible?

LUIS.

Sí. En vano
tan doloroso secreto
quiere ya ocultar mi labio.
Harto disimular pudo.
Harto tiempo mis quebrantos,
mis celos, mis sinsabores
supe devorar callando.
Sí adorable y bella Adela,
no lo dude usted, yo la amo,
y este amor, que eternamente
debiera estar encerrado
dentro de mí, ya en su furia
rompió del deber los lazos.
No ignoro los compromisos
que la ligan á un cercano
pariente, y por consecuencia
sé que amándola á usted falto
á mis deberes; he aquí
de este silencio que estraño
puede parecer la causa.
Mas fuego mal apagado
basta á encenderle una chispa.

Así fue en efecto; el rayo
que vuestros divinos ojos
hoy á mi pecho lanzaron
me hizo ver que amor y celos
reprimirlos es en vano.
Usted tan solo, á mí mismo
me volverá, un desengaño
sea á mis males remedio
cruel, pero necesario.
¿Ni aun de tal favor soy digno? (*Silencio*)
¿Cuál mi falta fue?

ADELA.

¡Ah! Si en algo
aprecia usted con efecto
á esta Adela, no el quebranto,
no el pesar, con sus palabras
siembre en su pecho angustiado.
No, sin oir, la condene;
y pues este involuntario
accidente, de mi afecto
os dió ya indicios tan claros,
oiga usted todo. Mas antes
le exijo como hombre honrado
y caballero el secreto
de esta confianza.

LUIS.

¿Acaso

pudiera negarme á ello?
Sí, hermosa jóven, por cuanto
mas en este mundo aprecio
os prometo que guardado
siempre estará.

ADELA.

Bien lo creo.
(Ya cayó este pez, finjamos). *(Aparte.)*

LUIS.

(Para ser la vez primera
no miento de lo mas malo). *(Aparte.)*

ADELA.

En vano los grillos
de la autoridad
á un amante pecho
quieren sujetar.
En vano lo intentan,
que la voluntad
cuanto mas ligada
mas se muestra audaz.
Ni halagos, ni iras
consiguen jamas
que ceda ó que tiemble
la que sabe amar.
Aquesto os recuerdo
porque, si en mi mal,
á un forzado lazo

consentí, no habrá
poder en la tierra
que un nudo fatal
hoy aborrecido,
me fuerce á aceptar.
¿Ni cómo dar puedo
un alma que ya
es de quien la supo
mejor conquistar?
Bien sé que una dama
no debe mostrar
su inocente afecto,
su amoroso afan;
mas cuando á mi cuello
se acerca el dogal
que á eterno martirio
me ha de sujetar,
de vanos respetos
no es el tiempo ya.
Perdonad si acaso
fui ingénua demas,
pues cuando mis penas
os llego á fiar
ni sé si hago bien
ni sé si hago mal.

LUIS.

¿Con qué no es amado?

ADELA.

No, ni lo será
Luis, yo os lo aseguro.
En mi confiad
pues yo en vos confio;
la tranquilidad
vuelva á nuestro pecho,
y..... ¿Qué quereis mas?

LUIS.

¿Me engañais, mi Adela?

ADELA.

¿Podeis aun dudar?

LUIS.

Sí, que siempre duda
quien ama.

ADELA.

Es verdad,
mas ahora no hay causa.

LUIS.

¿Y en fin, osará
prometerse el alma
remedio á su mal?
¿O tal vez (¡qué dicha!)
al fuego voraz
que mi pecho abrasa
no insensible es ya
mi adorada Adela?

¿Qué decís? Hablad.

ADELA.

¿No hablaron mis ojos?
¿A qué exigir mas?

LUIS.

¿Seré pues dichoso?

ADELA.

Sí, que pues callar
el alma no supo,
en vano será
que reuse el labio
descubrir mi mal.

LUIS.

¿Y me amaréis siempre?

ADELA.

Eterno será
mi afecto.

LUIS.

¿De veras?

ADELA.

No engañé jamas.

ESCENA III.ª

Dichos y Fermin.

FERMIN.

¡Caramba! ¡Qué es lo que veo! (*Ap.* sorprendido.)

ADELA.

Don Fermin.....

FERMIN.

¡Válgame Dios! (*Aparte.*)

ADELA.

¿Si habrá oido.....? (*A Luis.*)

LUIS.

¿No lo creo? (*A Adela.*)

ADELA.

¿Qué teneis, saber deseo? (*A Fermin.*)

FERMIN.

(Y estaban solos los dos.) (*Ap.*)

LUIS.

¿Estás mudo?

ADELA.

(Ya dió lumbre.) (*Ap.*)

FERMIN.

Me duele algo la cabeza.

ADELA.

¿Es alguna pesadumbre?

FERMIN.

Jamas tuve por costumbre
dar mérito á una simpleza.

ADELA.

¿A una simpleza?

FERMIN.

Sí, á fe.

ADELA.

Difícil es lo comprenda.

LUIS.

(Que está picado se ve.) (*Ap.*)

FERMIN.

Pues lo que me dijo sé,
y entiéndame quien me entienda.

ADELA.

Vamos, en lo impertinente
bien se echa de ver su mal;
pero advierta que es prudente
no tomar mucho relente;
porque el tiempo está fatal.

FERMIN.

¿Es consejo?

ADELA.

No, conseja.

FERMIN.

Ya pasé yo de esa edad.

LUIS.

(De divertirme no deja.) (*Ap.*)

ADELA.

Nunca una persona es vieja
para escuchar la verdad.
¿En fin, qué es lo que ha pasado?
¿*No logró* usted sus deseos?

FERMIN.

Jamas me ví despreciado.

ADELA.

¿O acaso ha resucitado
la que se murió en Burdeos?

FERMIN.

Eso es mi veracidad
poner en duda.

ADELA.

No alcanza
á tanto mi necedad;
mas juzgué que la amistad
es disculpa de una chanza.

ESCENA IV.ª

Dichos y doña María.

DOÑA MARIA.

Señores.....

LUIS.

A vuestros pies
señora.

FERMIN.

Lo mismo digo.

DOÑA MARIA.

¡Ola! ¿Don Luis, qué es esto?
¿Cómo tan favorecidos

nos tiene usted?

LUIS.

Al contrario,
yo soy quien me juzgo indigno
de los favores que siempre
me dispensó su cariño.

DOÑA MARIA.

Bien sabe usted que le quiero
como si fuese hijo mio.

LUIS.

Mil gracias.

FERMIN.

(Miren tambien
la buena señora.) *(Aparte.)*

DOÑA MARIA.

Amigo,
las noticias de mi enferma
son fatales: ahora mismo
me han enviado á decir
que la dan sudores frios,
y unos dolores de flato
que la tienen en un grito.

LUIS.

¡Pobre señora!

DOÑA MARIA.

Y que un mal
es siempre mucho estravio

para una casa. Parece
que no es nada el sinapismo,
la cataplasma, el reparo
con la triaca y el vino,
y el puchero que se rompe;
pues siempre hace desavio,
aunque lo haya, sin contar
la muger siempre al lebrillo
para aquello que se empuerca,
y la ayuda, y..... Pues no digo
nada de las medicinas.
No pondero, mas sí afirmo
que en la tal enfermedad
se han gastado, y no me admiro,
mas pesos en el ruibarbo
que minutos tiene un siglo.

LUIS.

¡Jesus señora!

DOÑA MARIA.

Si es mucho
lo que ha tomado ese pico.

FERMIN.

(¡Que charlar!) (*Ap.*)

DOÑA MARIA.

Vamos Adela,
aviate, que es preciso
ir allá al momento.

ADELA.

Voy.

DOÑA MARIA.

No te mudes de vestido,
sino ponte la mantilla
de cualquier modo.

ADELA.

¿Y los rizos
he de arreglarlos?

DOÑA MARIA.

¿A qué?

ADELA.

Como estan ya tan caidos.

DOÑA MARIA.

Para la gente que habrá.
Oye, dí á Inés, que yo digo (*va y vuel-*
que venga acá. *ve Adela.*)

ADELA.

Está muy bien.

DOÑA MARIA.

Ah, dí tambien...... (*Ad. va y vuelve.*)

ADELA.

¿Qué?

DOÑA MARIA.

De frio
yo no sé como estaremos.

ADELA.

Ni yo.

DOÑA MARÍA.

Y luego paso el signo
con la tirantez de cuerdas
si á la vuelta no me abrigo.
¿Llevaré la papalina
ó el pañolon de merino?

ADELA.

Lo que usted guste.

DOÑA MARÍA.

Pues bien,
entonces dí.....

ADELA.

¿Y bien que digo?

DOÑA MARÍA.

¿Que sé yo?

FERMIN.

(¡Qué pesadez!) *(Ap.)*

DOÑA MARÍA.

Lo que quieras, ya está dicho.

FERMIN.

(Quien pudiera echarte encima
una rueda de molino.) *(Aparte.)*

ESCENA V.

Dichos menos Adela.

DOÑA MARÍA.

Es mucha alhaja esta niña.
¡Qué alma tan bella! ¡Y qué lindo
corazon! Bien sabe Dios
que lloro como un chiquillo
cuando pienso que algun dia
tal vez deje el lado mio.
En fin, lo que yo deseo
es que encuentre un buen marido
como ella, por ejemplo,
que él será feliz. ¿No digo
bien?

LUIS.

¿Quién lo duda? Adelita
es un ángel, un hechizo.

DOÑA MARÍA.

Yo aunque al fin es cosa propia,
y me está mal el decirlo,
con usted nada aventuro,
es jóven de mucho juicio
y será muy buena esposa.
Bien sé que no es gran partido
porque es pobre; mas quien piensa
como debe, en su cariño

busca solo la virtud.
¿No es esto verdad?

LUIS.

Lo mismo
juzgo yo, ni mas ni menos.

FERMIN.

(¡Vaya, que estoy divertido!
¡Que culebra es la mamá!) *(Ap.)*

DOÑA MARÍA.

Justamente es lo que digo
yo. Aun cuando por otra parte,
tambien hay mérito mio.
Yo le dí una educacion
como dan á pocos hijos
sus padres. Ella de lenguas,
ella de cortar vestidos,
pone la pluma muy bien,
ella peinar, hacer rizos,
y tambien alguna cosa
de pespunte y dobladillo,
porque quise que hasta de eso
aprendiera. Es el avio
de cualquiera casa.

FERMIN.

¡Oh! para eso
en Francia; allí hasta los niños
de ocho y de diez años saben

mas que aquí á los veinte y cinco.
Pero; pues se habla de damas.
¡Qué educacion! ¡Qué distintos
talentos de los de acá!
Eso es público y sabido.
Muger hay allí á los quince
que ha compuesto siete libros
de novelas, que es su fuerte:
y no que aquí, un sobrescrito
apenas saben poner,
ó una carta de amoríos
llena de muchos chapones,
letras á saltos y brincos,
sin chispa de ortografía,
con los renglones torcidos,
y una sarta de dislates
que, vaya, si yo me admiro
como hay tonto que las lea.
Así me dan tal fastidio.
Pero, volviendo al asunto,
á la prueba me remito
de mí propio. Yo llegué
á París, hecho un borrico,
como crian tierra adentro,
los mas de los señoritos:
mi capa, mi calañés,
la chamarra, el cigarrillo,

el aparejo de campo
y apestando á ajos y á vino;
y en trece meses que estuve
largué la cascara, amigo,
de tal modo, que aun por fuera
ya ves si huelo á cortijo.
Es verdad que nunca quise
meterme en los laberintos
de academias y liceos,
porque esos son muchos lios;
pero aunque yo, por ejemplo,
física no haya aprendido
sé bailar el rigodon.

LUIS.

Que para el caso es lo mismo.

FERMIN.

Lo es, en cuanto al aprender.
Y á mas tengo aquel bañito
que.....

ESCENA VI.ª

Dichos Adela é Inés (con el pañolon.)

ADELA.

Mamá, cuando usted guste
vamos.

INÉS.

Señora, me han dicho

que usted me llamaba.

DOÑA MARÍA.

Sí.

Ve luego al tocador mio,
y en el cajon, de esta mano
encontrarás un frasquito
de agua de olor, no hagas caso,
pero en aquel lado mismo
ácia el rincon, junto al peine,
está la carta que he escrito
esta tarde. Haz que la lleven
al correo. ¿Lo has oido?

INÉS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

¿Con que estás?

INÉS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

Oye. Y si el tio
de don Luis viene (don Judas)
le dirás que hemos salido
con precision, y que así
por hoy, perdoné el tresillo.
¿Lo entiendes?

INÉS.

Si señora.

DOÑA MARÍA.

Cuidado que no haya olvido.

LUIS.

Señoras, si ustedes gustan
iremos favorecidos
con su compañía.

DOÑA MARÍA.

Sí,
con gran placer lo admitimos. (*Fermin va á dar el brazo á Ad.*)
Fermin, deme usted el brazo,
porque estos callos malditos
me matan.

FERMIN.

¡Yo...! Bien señora. (*Le da el brazo.*)

LUIS.

Pues la suerte lo ha querido,
tendré el honor. (*A Adela.*)

ADELA.

Soy la honrada. (*Le da el brazo.*)

LUIS.

Mil gracias.

FERMIN.

(Pues es bonito
el papel que voy haciendo. (*Ap.*)
Por vida de.....)

DOÑA MARÍA.

Inés, repito
que no abras á nadie.

INÉS.

Bien.

DOÑA MARÍA.

Si llaman, por el postigo
pregunta quien es.

INÉS.

Ya estoy.
(Jesus, y que tabardillo.) *(Ap.)*

FERMIN.

(¡Yo con madres, santos cielos!) (*Ap.*)

DOÑA MARÍA.

Con que á Dios. Lo dicho, dicho.
(*Vanse.*)

INÉS.

Bien lo entiendo

ESCENA VII.ª

INÉS.

Pues, señor,
veremos del laberinto
quien sale. Mi señorita
gusta tanto de esos lios
de amores, que ciertamente

ha de ser hombre corrido
quien le ponga la ceniza
en la frente. Yo me admiro
de ver que hay hombres tan necios,
tan fatuos, que cuando han visto
tanto desengaño ageno
se presten á que lo mismo
les suceda, ya se ve,
ese orgullo es tan maldito.
¿Pero quién me mete á mí
en eso? ¿Qué beneficio
me puede á mi resultar
de que quien no es novio mio
sea bueno, ó sea malo,
sea tonto ó advertido,
tenga dinero ó no tenga?
Pues si nada gano, digo
que en nada quiero mezclarme.
Gracias á Dios, nunca he sido
curiosa, aunque soy muger,
ni se me da tres cominos
de lo que hacen los demas;
y así aunque venga Perico
no le abriré, y de este modo
me ahorro de enredos. ¿No he dicho
bien? Ya se ve, que en la renta
del escusado es delirio

meterse. ¿Pero quién llama? *(Llaman.)*
¿Será Pedro? Pues, el mismo. *(Se aso-*
¿Le abriré ó no le abriré?..... *ma.)*
¡Qué tentacion!..... Y ya há un siglo
que no me cuenta los chismes
de su casa y los vecinos.....
Es verdad que no me importan;
mas saber no ocupa sitio.....
y luego mi señorita
me encargó tanto... Hase visto *(Llaman.)*
prisa tal..... Yo voy á abrir
y echense á la mar pelillos. *(Va á abrir.)*

ESCENA VIII.ª

Inés y Pedro.

PEDRO.

¡Jesus muger! ¿dónde estabas
que me tienes hace un siglo
echando la puerta abajo?

INÉS.

Los criados han nacido
para esperar.

PEDRO.

Ciertamente;
y no fuera bien visto
que una dama como tú

abandonase el lebrillo
ó la sarten, para abrir
á los que llaman ¿No digo
bien?

INÉS.

Y tambien. Mas no creas
que es todo oro, Perico,
lo que en el mundo reluce.
Por ejemplo, ambos servimos,
que parece condicion
perversa, y aunque no digo
yo que es buena, no es mejor
la de muchos que podridos
estan de pesos. No falta
el pan, estamos vestidos,
gozamos la confianza
de uno y otro señorito,
y sabemos sus secretos,
y somos sus.....

PEDRO.

Desatinos.
¿Soy yo acaso como tú?

INÉS.

Vamos, Pedro, que conmigo
es en vano hacerse pieza.
Deja esos escrupulillos,
que entre gentes cual nosotros

no deben ser permitidos,
y cuentame de tu casa
la novedad. ¿A qué ha sido
el no esperado viage
á esta ciudad del sobrino
de tu amo?

PEDRO.

¿Y yo qué sé?

INÉS.

¿No lo has de saber?

PEDRO.

Te digo, *(Dudando.)*
que.....

INÉS.

Vaya deja simplezas.
¿Acaso tienes motivo
de desconfiar de mí?

PEDRO.

Yo no, mas luego.....

INÉS.

(Ya es mio). *(Aparte.)*

PEDRO.

Como que hasta las paredes
á veces tienen oidos.....

INÉS.

No temas.

PEDRO.

¿Estamos solos? *(Registrando.)*

INÉS.

¿Tambien esa? Sí, Perico.
Habla por Dios ó rebiento.

PEDRO.

Ya tú sabes que ha venido *(Con miste-*
mi amo. *rio.)*

INÉS.

Lo sé, Adelante.

PEDRO.

Y, ó me engaño, ó el motivo
de su viage, es asunto
de grande entidad.

INÉS.

Lo mismo
pienso yo, ni mas ni menos.

PEDRO.

Pues.

INÉS.

¿Pero cuál? Vamos, dilo.

PEDRO.

Eso es lo que yo no sé.

INÉS.

Pues hombre estamos lucidos.

PEDRO.

De modo es y de manera

que si hoy no lo sé; no afirmo
yo que mañana.....

INÉS.

Pues eso
es lo que importa. Advertido
ya de todo, será facil
aprovechar un descuido
de don Luis. Un criado
de confianza; á su arbitrio
tiene las llaves del amo,
y en haciéndole un registro,
y en leyendo cuatro cartas,
cátate al punto instruido
de todo. ¿No será mengua
que un hombre á quien los colmillos
le han salido en la cocina,
que es en este mundo el sitio
donde mas se aprende, ignore
lo que piensa el señorito?
vaya que fuera vergüenza.
Así mira que confio
en tu maña, y si ocurriere
algo de nuevo, el aviso
me darás al punto.

PEDRO.

El caso
es que don Luis ha traido

otro criado de allá.

INÉS.

¿Y qué tal?

PEDRO.

El mas ladino
que ha salido de Madrid.

INÉS.

La manzanilla y el tinto
contra empacho de secretos
son el mejor vomitivo.

PEDRO.

Como uno no está enterado
en si allá.....

INÉS.

¡Qué desatino!
Si en Madrid con Valdepeñas
suelen despechar los niños.

PEDRO.

Entonces voy á buscarle.

INÉS.

Pues á la taberna y chito
que aquesto interesa. ¿Entiendes?

PEDRO.

Entiendo. (Cumplí mi oficio.
Ahora á dar cuenta á don Luis) *(Ap.)*
Con que á Dios.

INÉS.

A Dios Perico.

PEDRO.

¡Jesus! Ya se me olvidaba. (*Va y vuel-*
Me encargó mi amo (el tio) *ve.)*
viniese á saber si salen
tus señoras.

INÉS.

Bien lo has visto,
salieron ya. ¿Y á qué viene
esa pregunta?

PEDRO.

Imagino
será para no venir
si esta noche no hay tresillo.

INÉS.

Es verdad.

PEDRO.

Pues hazte cuenta
que me iba ya sin decirlo,
cuando esto solo me trajo
aquí.

INÉS.

¿Sabes que es bonito
tu modo de hacer encargos?
Si así cumples con los mios
dígote Pedro.....

PEDRO.

Eso no.
Bien sabes tú que contigo
nunca me faltó memoria.

INÉS.

¿Y voluntad?

PEDRO.

No lo afirmo.

INÉS.

¡Jesus que poco galan!

PEDRO.

¿Pues el mentir no es delito?

INÉS.

Con quien tiene naguas, no.

PEDRO.

Me alegro haberlo sabido.
En fin, yo prometo verte
bastante pronto.

INÉS.

¿Confio?

PEDRO.

Por la fe de caballero.

INÉS.

No me hace gran fuerza, amigo,
que los plebeyos no tienen
mas fe que la de bautismo.

PEDRO.

Pues yo te juro.....

INÉS.

Tampoco
los juramentos admito
que saben jurar en falso
hoy dia, hasta los chiquillos.

PEDRO.

Por el alma de mi abuela.....

INÉS.

Hombre, calla, no seas niño.
¿Le dirás verdad á un muerto
cuando engañas á los vivos?
En fin, no pierdas mas tiempo,
que harto quizá hemos perdido
en charlar.

PEDRO.

Sí eres muger.

INÉS.

Tú criado que es lo mismo.
¿Con qué hasta luego?

PEDRO.

Hasta luego. *(Vase.)*

INÉS.

(A Dios propósitos mios.) *(Ap.)*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Don Judas y don Luis, éste leyendo una carta.

D. Judas.

¿Y bien? ya estamos aquí.
¿Se podrá saber la causa
de haberme con tanta prisa
traido de la muralla
á hora tan intempestiva?

Luis.

¿Pues las diez de la mañana
es hora acaso.....?

D. Judas.

Sí tal,
para venir á una casa
agena..... Y precisamente
cuando don Bruno Zabala,
sobrecargo de la Cármen,
á leernos empezaba

el reglamento propuesto
del puerto franco. A Dios gracias
veremos esa bahía
con cara de gente. ¡Calla!
¿Pero tú no atiendes, hombre?

LUIS.

Ya usted sabe la maraña *(Guarda la*
en que estoy metido? *carta.)*

D. JUDAS.

Sí;
pues me la dijiste.

LUIS.

Y tanta
ha sido en esto mi dicha,
que aun antes que lo esperaba,
una imprudencia de Adela
me ha dado el medio y la traza
de darles una leccion
á entrambos: leccion amarga;
pero forzosa. Del uno
la presuncion insensata;
el coquetismo insufrible
de la otra, no reclaman
indulgencia en este punto.
Ni me debe arredrar nada
cuando evitar me propongo
no menos que la desgracia

de un primo á quien amo. Así
oiga usted todo.

D. JUDAS.

Ya tardas.

LUIS.

Despues del paso de ayer,
paso que tan mala cara
costó al fingido Fermin,
viendo que mis esperanzas
caminaban á su logro,
juzgué que solo faltaba
remachar del todo el clavo.
Presto resolví: á mi casa
me vuelvo, y fingiendo celos,
á Adela escribo una carta,
que anoche mismo por Pedro
recibió. Allí le mostraba
haber acaso sabido
los lazos que la ligaban
á Fermin, de ella me quejo,
la llamo pérfida, ingrata,
y lo demas que se dice
en tales casos: sus gracias
acuso, y de mi desdicha
me lamento. Ni fue vana,
ni inútil resolucion;
pues esta misma mañana

recibí un billete suyo.

D. JUDAS.

¡Un billete!

LUIS.

Cosa es clara.
El buscar á Inés, tan solo
me trajo aquí, que me importaba
salir pronto de cuidados.
Con efecto, en acechanza
me la encontré ya esperando
el medio de que llegára
á mis manos, que fue facil
sin que usted cayese en nada.

D. JUDAS.

¿Pues sobrino del demonio,
y por hacerme tú.... (¡vaya!)
solo desde allá me traes
hecho un galgo? No está mala
la especie. Si estoy molido;
como que en largando gavias
y poniéndote á la via,
no hay diablos que te den caza.

LUIS.

Calle usted por Dios; señor,
y oiga hasta el fin con cachaza.

D. JUDAS.

Callo y oigo.

LUIS.

Mi intencion
ya con esto se lograba.
En su esquela por supuesto
me afirma que fue infundada
la voz de ese compromiso;
y porque no me quedara
duda, dice de Fermin
mil pestes, dos mil infamias:
le tilda de vano y tonto,
de presumido le tacha.
En fin, es tanto y tan malo
que muy mal rato le aguarda
cuando lo sepa.

D. JUDAS.

¿Y acaso
lo sabrá?

LUIS.

¿Pues no? La carta
debe él mismo ver, y en ella
la prueba evidente y clara
de aquese amor que pondera.
Mas no es prudente que vaya
por mi conducto: un acaso
los inconvenientes salva.
Así pienso que Perico,
valiéndose de su maña,

haga que el otro la vea,
sin que parezca que.....

D. JUDAS.

¡Calla!
con que tambien el buen Pedro
anda metido en la danza.

LUIS.

Sí señor, es criado antiguo,
y como tal, una alhaja
para embrollos. Luego es fuerza
hablarle, porque la trama
sigamos todos de acuerdo.

D. JUDAS.

Que no vayamos por lana
y volvamos en bandolas.

LUIS.

Que, no señor.

D. JUDAS.

Dios lo haga.
Mas mira que en estos casos
es precaucion necesaria
llevar la escota en la mano,
y si acaso el viento carga,
arriar al punto el chicote,
que el hacerlo en tiempo es ganga.
En fin sea, pues lo quieres.

LUIS.

¿Pero usted qué teme?

D. JUDAS.

Nada.

Yo en aferrando juanetes
venga mar. Mas en sustancia
¿en esto qué pito toco?

LUIS.

A eso voy. Vuestra embajada
tiene otro objeto. Es forzoso
el que ella por sí deshaga
su compromiso. Ademas
conviene el darle una causa
poderosa que la obligue
á dejarme. Así se salva
mi propia delicadeza;
así mas claro resalta
el carácter de la niña,
y en fin, así se preparan
humillantes desengaños
para el que tanto fiaba
de sí mismo. Todo aquesto
se conseguirá.

D. JUDAS.

No es nada,
¿y todo lo he de hacer yo?

LUIS.

Muy facilmente: á esta sala
vendrá presto la mamá.
¿No es así?

D. JUDAS.

Ya está avisada.

LUIS.

Pues usted con ella á solas
se quedará, y engañarla
es necesario.

D. JUDAS.

¿Ahora mismo?

LUIS.

Sí. Hacerle una confianza
fingida es golpe seguro.

D. JUDAS.

Ya caigo. ¿Con qué aquí encaja
bien todo lo que ayer noche
me dijiste de la falsa
venida, y de los papeles,
y de.....?

LUIS.

Pues. Mas importaba
tener la prueba en la mano
antes de aventurar nada.
Por eso no me espliqué
entonces mas claro.

D. JUDAS.

¡Vaya!
Por San Telmo que estoy tonto.

LUIS.

Me voy á seguir la trama;
pues Perico es necesario
aquí venga sin tardanza
é instruya á Adela y á Inés
de todo.

D. JUDAS.

¿Otra confianza?

LUIS.

Sí, mas esta no es fingida,
antes cierta. Pero calla,
ya viene allí la mamá.
Cuenta con que.....

D. JUDAS.

No habrá falta.

LUIS.

Que exija usted el secreto.

D. JUDAS.

¿Y para qué?

LUIS.

Cosa es clara,
porque lo diga mas pronto. (*Vase Luis.*)

D. JUDAS.

Bien, á Dios.

ESCENA II.ª

D. Judas.

No me faltaban
á mí mas que estos sobrinos.
¡Y qué enredos! ¡Qué marañas
traen allá! Como esto dure
doy de quilla. Pero al arma
que aquesta urca enemiga
está ya á tiro de bala.

ESCENA III.ª

Doña María y D. Judas. (Se sientan.)

Doña Maria.

Felices señor don Judas.
Dispense usted mi tardanza.
Ya se vé, con estos males
tenemos tan trastornadas
las horas que.....

D. Judas.

Entre personas
que há tanto tiempo se tratan
no debe haber ceremonias.
Por esto, y porque importaba
vine á ver á usted.

DOÑA MARIA.

¿Pues qué?
¿Hay novedad?

D. JUDAS.

Patarata,
una mano de noroeste
que metemos en el agua
los penoles.

DOÑA MARIA.

¿Y en cristiano
qué significa esa sarta
de nombrachos?

D. JUDAS.

A eso voy.
Mas le exijo la palabra
de que reserve la especie.

DOÑA MARIA.

Por supuesto.

D. JUDAS.

A la muchacha
aunque haya fuerza de vela
no se lo diga usted.

DOÑA MARIA.

Nada.
Sí, pues bonita soy yo
para chismes. En mi casa
jamas hubo un sí ni un nó,

y eso que entonces estaba
hecha siempre un jubileo.
Mi Simon, que de Dios haya,
gustaba mucho de gentes:
su refresco no faltaba
por las noches. Es verdad
que eran tiempos en que andaba
Dios por el mundo, y cien pesos
á ninguno le faltaban;
mas hoy dia, todo, todo,
viene á menos, ola; y gracias
quien tiene un pasar.

D. JUDAS.

Señora,
¿me deja usted hablar?

DOÑA MARIA.

¡Vaya!
¿le tapo acaso la boca?

D. JUDAS.

Por fin, atencion y calma.
El caso es que mi sobrino,
(el novio de la muchacha
que digamos) de Sevilla
dió la vela, y por las trazas
parece hace rumbo á Cádiz.
Ademas, en confianza,
sé tambien cuál es su objeto.

DOÑA MARIA.

¿Y será?

D. JUDAS.

Estarse á la capa
sin darse á reconocer
ni izar pabellon.

DOÑA MARIA.

¡Estraña
resolucion! ¿Mas por qué?

D. JUDAS.

Porque quiere en acechanza
ponerse. Juzgo le han dicho
no sé que cosas, patrañas
por supuesto, de la chica:
tonterías: verbigracia
que si es coqueta, si funda
su vanidad y su gala
en que cuantos hombres mira
arrian bandera á sus gracias,
que si lleva siempre amantes
al costado. Nada, nada.

DOÑA MARIA.

Malas lenguas que la tienen
envidia.

D. JUDAS.

Cabal.

DOÑA MARIA.

Dejarlas.

Yo sé la hija que tengo,
y sé quien es.

D. JUDAS.

Pues, y basta.

Pero como él en su vida
ni la ha visto, ni la trata,
ni sabe sus propiedades;
ya se vé, teme, y con causa,
hacer avería gruesa
en alta mar. Pues no es nada,
la honrilla. Y los sevillanos
que en siendo de clase y casa
se creen ellos mas altos
que el tope de la giralda.
A mas tambien quiere ver
el cariz de la muchacha,
como es regular, y aunque ella
es linda como una plata,
al fin no es doblon de á ocho
que á todo el mundo le agrada.
Tampoco fuera imposible
que en sus proyectos entrara
ponerle la proa, digo
hacerle el amor.

DOÑA MARÍA.

Ya escampa.
¡Vaya que el tal señorito
por vida mia es alhaja!

D. JUDAS.

Cosas de niño mimado.
Ya ve usted el de su casa
fue el ídolo siempre, vivo,
poca edad, poca sustancia
y barro á mano ¿quién diantres
es capaz de irle á la zaga?

DOÑA MARIA.

¿Y el vinculillo qué tal?

D. JUDAS.

¡Vinculillo! Pues no es nada.
Si ahora con la nueva herencia
es suyo medio Triana.
Y en cuanto á la sangre ¡Ya!
Mas noble que doña Urraca,
es hijo de veinticuatro,
y heredero, que esa vara
¿quién se la quita?

DOÑA MARIA.

¿Tambien?

D. JUDAS.

Pues.

D. JUDAS.

Cuando él lo envie, será
porque ya tendrá saldadas
esas cuentas, es decir,
que estará fuera de barra
sin temer puntas ni bajos,
y navegando en cien brazas.

DOÑA MARIA.

Bueno es saber todo eso;
porque hablando en confianza,
quien de buenas á primeras
viene pidiendo casaca,
en el tresillo de novios
son cinco estuches de entrada,
que es juego que nadie pierde.

D. JUDAS.

Mas los renuncios se pagan.

DOÑA MARIA.

Ese es el mal. ¿Pero cómo
tendré yo noticia exacta
de su venida?

D. JUDAS.

Es muy fácil;
pues estando ya avisada
bien podrá usted por la boya
conocer donde está el ancla.
Con que me voy. (*Toma el sombrero.*)

DOÑA MARIA.

Hasta luego.

D. JUDAS.

¿Y Adela?

DOÑA MARIA.

Si usted la aguarda
vendrá, que fue al tocador.

D. JUDAS.

No. No quiero: estará en banda
todavia, y las mugeres
me gustan aparejadas
aunque soy viejo. Lo dicho. *(Vase.)*

DOÑA MARIA.

Descuide usted.

ESCENA IV.ª

Doña María y despues Inés.

DOÑA MARIA.

Pues no es nada (*Observa si se ha ido.*)
lo que pide. ¡Qué yo calle!
¡Yo que hablo con una estatua!
¡Vamos, vamos, que don Judas
olvidó que tengo naguas.
¡Qué grosero! ¡Qué insolente!
¡Querer taparle á una dama
nada menos que la boca!

Vaya al diablo el muy bestiaza.
¡Callar! ¿Qué es callar? Inés,
Inés.

INÉS.

Allá voy. (*Dentro.*)

DOÑA MARIA.

¡Qué calma!
¡Jesus qué peso! Si estoy
por ponerme á la ventana
y contarselo al primero
que pase. ¡Mas cómo tarda!
Mejor será que..... (*Se levanta.*)

SALE INÉS.

Señora.
¿Qué ha ocurrido?

DOÑA MARIA.

Nada.

INÉS.

¿Nada?
Como gritaba usted tanto.

DOÑA MARIA.

¿Y la niña dónde anda?

INÉS.

Se está vistiendo.

DOÑA MARIA.

Pues dile.....
No le digas. Que yo vaya

será mejor. *(Vase.)*

ESCENA V.ª

INÉS.

Lleve el diablo
si yo entiendo una palabra
de este enredo. ¿A qué vendrán
estos secretos del ama
con su hija? Sabe Dios
que á no hacerme tanta falta
diera un dedo por saberlo
ahora mismo. ¿Y quién aguarda
cinco minutos ó seis
á que el pelmazo se vaya
de la madre? No señor.
La cerradura, á Dios gracias,
está convidando. Así
voy de puntillas y... ¡Calla! (*ve á Pedro.*)
¡Pedro tan pronto! Por cierto
no creí yo.....

ESCENA VI.ª

Inés y Pedro.

PEDRO.

¿Estás en casa?

INÉS.

Y de ceremonia.

PEDRO.

Ya.

Como esperando embajadas.

INÉS.

Pues dí la tuya, y vivito
marchate, no riña el ama
si ve......

PEDRO.

No es ella muger
que se asusta de fantasmas
con esa facilidad.

INÉS.

En fin, vamos. ¿Que te tardas?

PEDRO.

Es que estoy viendo si acaso... (*re-*
gistrando.)

INÉS.

Por Dios, Pedro, que estoy harta
de tus misterios.

PEDRO.

¿No hay nadie
que pueda.....?

INÉS.

Ni gatos. Habla.

PEDRO.

Pues, señor, has de saber

como desde anoche, gracias
á tu consejo, al corriente
estoy de cuanto importaba.
Don Luis tan solo ha venido
á Cádiz con la esperanza
de ver á una señorita
que aquí muy presto se aguarda
de..... no sé donde.

INÉS.

¿De veras?
¿Mas por qué?

PEDRO.

La cosa es clara.
Porque está loco por ella.

INÉS.

¿Con qué la quiere?

PEDRO.

¡Caramba
si la quiere!

INÉS.

Pero acaso
ya no la quiere.

PEDRO.

No es mala
conclusion. Anoche mismo
le escribió, por si llegaba
á buen tiempo, y por mas señas

yo eché al correo la carta.

INÉS.

¿Con sobre á ella?

PEDRO.

Sí.

INÉS.

Luego
tú sabes como se llama.

PEDRO.

Sí lo sé; mas no me acuerdo
de su apellido.

INÉS.

Nos basta.
El caso es que quiere á otra,
y llámese Pepa ó Juana
es lo de menos. ¡Qué tal!
¡El hombre de bien! Ya escampa.
¡El de la formalidad!
¡El juicioso! ¡Qué canalla
son todos! Y dirán luego
de las mugeres? ¿No hay nada
mas?

PEDRO.

¿Y qué mas?

INÉS.

Sí, no es poco.
Pero... vete ya. ¿Qué aguardas? (*Mira adentro.*)

PEDRO.

Me voy. ¿Mas por qué tal prisa?

INÉS.

Es que ya sale mi ama
del cuarto de su Adelita,
y puede ser que.....

PEDRO.

No haya
miedo; pues antes que llegue
estoy yo un tiro de bala
de aquí. Con que á Dios.

INÉS.

A Dios.

PEDRO.

(La embrolla no va muy mal.) (*Ap.*)

(*Vase.*)

ESCENA VII^a.

Adela é Inés.

INÉS.

¿Y bien?

ADELA.

¡Lance original!
He sabido en este instante
que debe llegar mi amante
muy presto.

INÉS.

¡El amante! ¿Cuál?

ADELA.

¡Qüe pregunta!

INÉS.

¿Y hago mal?

ADELA.

El de Sevilla.

INÉS.

Famosa
idea; mas vuestra prosa
ya es antigua algaravia,
que amante y novio, en el dia
suelen ser distinta cosa.
En fin, forzoso es pensar
qué hemos de hacer en tal caso.

ADELA.

Las circunstàncias y el caso
son quienes me han de guiar;
aun hay tiempo, y á mal dar
obre el ingenio despues,
y si ayuda el arte, Inés,
sucumbirá la razon,
que si es calva la ocasion
nunca es manco el interes.

INÉS.

Mas antes conviene.....

ADELA.

Ver
del otro las intenciones
que en estas resoluciones
vale el ardid de muger.
¿Y tú llegaste á saber
algo de don Luis?

INÉS.

Ahora.

ADELA.

¿Y de buena fe enamora?

INÉS.

¿De buena fe? Dios la dé.

ADELA.

¿Mas tú qué supiste?

INÉS.

¿Qué?
Que es como todos, señora,
que no ama, ni por asomo,
que otra es su antiguo cariño,
que ayer le escribió, y que el niño
es maula de tomo y lomo.
Que ya no es dable (¿Ni cómo?)
sujetar su corazon,
y que en aquesta ocasion
de medio á medio la erramos,
pues que pichon le juzgamos

cuando es palomo ladron.

ADELA.

¡Qué chasco! Mas aun no es tarde;
por fortuna á tiempo estoy,
y lo que puedo hacer hoy
vano es que á mañana aguarde.
Nada hay, pues, que me acobarde
en lance tan oportuno.
Así de entrambos, ninguno
será presto mi amador;
que no es mal juego en amor
perder dos por ganar uno.

INÉS.

Con que usted piensa.....

ADELA.

Al momento
dejarlos, y esto es seguro;
que si mas tardo, aventuro
mi fama y mi casamiento.

INÉS.

¿Mas con cuál pretesto?

ADELA.

Ciento
hay siempre para acabar:
y algo se ha de aventurar
que en la malilla de amor
es capote de favor

el quedarse sin casar.

INÉS.

Ya deseo la ocasion
de que lleguen.

ADELA.

Mas, espera. *(Ruido dentro.)*
¿Quién sube por la escalera
con tal precipitacion?

INÉS.

Señorita, sí. Ellos son. *(Se asoma.)*

ADELA.

¿Quiénes?

INÉS.

Los dos.

ADELA.

Como soy,
que presto llegan.

INÉS.

¿Me voy?

ADELA.

Sí, vete y nada receles;
pues ó quemo mis papeles,
ó golpe seguro doy. *(Vase Inés.)* *(Adela se sienta.)*

ESCENA VIII.ª

Adela, Luis, Fermin con una carta.

FERMIN.

No señor, que has de venir
aquí conmigo.

LUIS.

¡Estás lelo!

FERMIN.

Y ha de ver su propia carta:
y la he de decir.....

ADELA.

¡Qué es esto!
¡Qué alteracion! ¡Qué semblante!
¿Hay acaso.....?

FERMIN.

Nada bueno,
y estraño mucho, señora.....

LUIS *(á Fermin.)*

Hombre, por Dios.

FERMIN.

Que á un sugeto
como yo, así se le falte.
¿A qué vienen fingimientos?
Todo lo sé, y esta carta
que acaso hallé en mi aposento
caida, muy bien me muestra

de lo que es capaz un pecho
femenil. ¿Con qué soy tonto?
¿Con qué yo soy majadero?
¿Yo.....?

ADELA.

¿Y bien?

FERMIN.

La frescura alabo.
¿Pues si tengo esos defectos?
¿Por qué me quiso?

ADELA.

¿Quién, yo?
En mi vida.

FERMIN.

Pues es bueno.
Vive Dios que me colgara
de una viga. ¡A mí un desprecio!
¡A mí una muger!

LUIS.

Fermin.
¿Y á tí qué te importa eso?

FERMIN.

No que será á tí.

LUIS.

Tampoco.
Pero como nunca un bledo
te se ha dado de esas cosas

que tú apellidas babeos,
pensé yo que.....

FERMIN.

Mal pensado.
En fin, la broma y los juegos
deja; pues en lance tal
vienen muy fuera de tiempo.

LUIS.

Perdona, amigo, creí
que obrases ni mas ni menos
como hablabas.

FERMIN.

(¡Qué leccion!) *(Aparte.)*

LUIS.

Mas, pues me engaño, te ofrezco
hacer porque aqueste error
no sea fatal á tu afecto.

ADELA.

(¿A dónde vendrá á parar?
Mas callar es lo mas cierto.) *(Ap.)*

LUIS.

Veo que quieres á Adela.

FERMIN.

¡Yo!

LUIS.

Sí, porque tienes celos
y esa es señal que no falla.

FERMIN.

Que la quise no te niego;
pero.....

LUIS.

Silencio y escucha.
Adelita, yo confieso
que obré mal: nunca debí
atentar á los derechos
de un amigo. Así es forzoso
que ambos castiguen mi yerro.
Hágase la paz, y pues
yo por mi parte ya cedo,
cedamos todos, y acaben
de una vez esos muñecos.
¿No es verdad Adela? *(Silencio.)*

FERMIN.

¿Ves?

LUIS.

Dice un español proverbio:
que el que calla es porque otorga.
Pues señor, esto está hecho.
Llega tú, que aquestos son
los privilegios del sexo.

FERMIN.

Màs si yo tengo razon
¿por qué he de ceder?

LUIS.

Lo entiendo.
Pero no basta ser justo,
es forzoso parecerlo,
y quizá tú aunque lo ignores
habrás dado fundamento
de sospecha. Son las damas
quisquillosas en estremo
por lo regular, y á veces
el rencor hace su efecto;
mas no dura, que el amor
sabe perdonar muy presto.

FERMIN.

¡Pues qué..... un hombre como yo
se ha de humillar!

LUIS.

¿Y qué medio?

FERMIN.

Pero.....

LUIS.

Las faldas no humillan.

FERMIN.

Pues tú lo quieres, me acerco.
Adelita ya ve usted
como yo al cabo..... (No acierto
que decirle) sus injurias
supe olvidar, y pues esto

es de cariño tal prueba,
exijo que por lo menos
se me diga, qué motivo
pudo dar pie á tanto yerro.
No busco culpa: no Adela.
Busco sí arrepentimiento.
¡Pero qué! ¿Usted el semblante
vuelve? ¿Usted el rostro bello
oculta de mí? ¿Se aflige?

LUIS.

(Bien, por Dios). *(Aparte.)*

FERMIN.

¿Y será cierto? *(Se arrodilla.)*
¿De ese corazon, por dicha
aun no he perdido el afecto?
¿Podré esperar?

ADELA.

Ah, ah, ah. *(Se rie.)*
Parece está usted haciendo
algun paso de comedia. (*Ad. se levanta.*)

FERMIN.

¡Señorita.....! ¡Yo!

LUIS.

Hecho un yelo
se quedó. ¡Qué humillacion!
¡Qué ceguedad! ¡Y qué ejemplo
para el que á todas desprecia! *(Ap.)*

FERMIN.

Mas.....

ADELA.

Fermin, bromas dejemos
á un lado. Si hoy por fortuna
á su buen humor me presto;
mañana tal vez..... (*Fermin se levanta.*)

FERMIN.

¿Pues qué?
¿Lo ha tomado acaso á juego?

ADELA.

¿Y cómo lo he de tomar?

FERMIN.

¿Con qué usted por lo que veo,
no me quiere?

ADELA.

No señor.

FERMIN.

¿Ni jamas me quiso?

ADELA.

Menos.

FERMIN.

¿Ni nunca fuera feliz
á mi lado?

ADELA.

Ni por pienso.
Fermin, lo propio que dije

en mi carta, eso sostengo
y sostendré. Quien se juzga
de los corazones dueño
solo con una mirada:
quien humilla al bello sexo
sin distincion, y quien halla
milagros en el desprecio;
solo este merece. Usted
júzguese su propio pleito.
Y advierta de hoy para siempre,
que las mugeres, durmiendo
saben mucho mas que el hombre
aunque esté muy bien despierto.
Que si quieren engañarle,
lo harán, sin otro remedio.
Que con ellas, la esperiencia
vale poco; pues es cierto
no se hallarán en la tierra
dos iguales, y sabemos
que el conocer y juzgar
los corazones, es cuento.
Si esta leccion aprovecha;
si escarmienta en propio yerro
tanto mejor para usted.
En cuanto á mí.....

LUIS.

¡Mas qué es esto!

¿Acaso habla usted de veras?

ADELA.

Y tan de veras, que es tiempo
de que le toque la suya.

LUIS.

¡A mí!

ADELA.

¿Pues no?

FERMIN.

¿Estoy despierto? *(Ap.)*
Por Dios no sé que me pasa.

ADELA.

Señor don Luis, no quiero
recordarle su conducta
hasta aquí. Nadie un defecto,
nadie en usted una tacha
pudiera hallar.

LUIS.

Yo agradezco.....

ADELA.

Le suplico que reserve
esas gracias para luego.
¡Pero cuánto se engañaba
quién así juzgó! Encubierto
bajo apariencia tan dulce
se hallaba sútil veneno.
Fingiendo pasion, ternezas,

simulando amor y celos,
tendisteis la red, que á dicha
supe yo evitar á tiempo.
¿No es esto verdad, Luis?
Diga usted si con efecto
no ama á otra. Si ayer mismo
no le escribió. Si su objeto
no es el unirse con ella.
En fin, hable usted.

LUIS.

No acierto..... (*Fingiendo turbacion.*)
Señorita..... yo..... es verdad
que..... si..... Todo va saliendo (*Ap.*)
como esperaba.

ADELA.

No mas,
que esto es suficiente.

FERMIN.

¿Pero
no hemos de saber....?

ADELA.

Si tal.
Por mi parte esto es resuelto.
Usted, señor don Luis,
busque otra tonta (que á cientos
las hallará) y á su salvo
pruebe en ella sus enredos;

sus novelescas pasiones,
aquellos fingidos celos,
y aquel amor, que no há mucho
pintaba con tanto fuego.

LUIS.

Con que esto quiere decir.....

ADELA.

Que hemos concluido.

LUIS.

(Bueno). (*Aparte.*)

ADELA.

Y en cuanto á usted don Fermin,
con repetir me contento
lo que hace poco dije,
pues tantó vale, y valemos
tan poco, hallará de sobra
quien sujete el dócil cuello
á su amor, si es que se digna
elevarla á tanto puesto;
pero por lo que á mí toca,
su presuncion, sus defectos
son tales, que no es posible
disimularlos. Por eso
ni le he querido en mi vida,
ni le querré, ni le quiero.
Creo haber dicho bastante.

FERMIN.

No señora, ni por pienso.
¿Cómo ha de bastar? Mi honor
está ultrajado, y pretendo
aclarar este negocio
á todo trance.

ADELA.

¿Y qué medio?

FERMIN.

¿Qué medio? Usted lo verá.
¿No sabe acaso que tengo
en mi mano la venganza?
¿No sabe que soy....?

LUIS.

Silencio *(A Fermin.)*
por Dios. (Él va á descubrirse *(Ap.)*
y aun no debe).

ADELA.

¿Qué misterio
es ese? Por fin sepamos.

FERMIN.

Si señora. Lo sabremos
puesto que usted lo desea.

LUIS.

(Y aun no viene.) (*Mirando ácia fuera.*) (*Aparte.*)

FERMIN.

Yo..... No quiero *(Le tira de*
callar, que ya de la manta *la casaca.)*
tiró el diablo, y.....

LUIS.

Mas..... *(A Fermin.)*

FERMIN.

Ni atiendo,
ni quiero oir.

LUIS.

(¿Y qué haré? *(Aparte.)*
mas me ocurre un pensamiento).
Es muy estraño Fermin,
que con tono tan grosero
te atrevas así á faltar
de una dama á los respetos.
Si crees porque está sola
que impunemente has de hacerlo;
si con esas amenazas,
si con gritos descompuestos
juzgas vindicar tu honor
mucho te engañas. No veo
ya en ella á quien me desaira,
no escucho el resentimiento,
solo sí en aqueste instante
me acuerdo, soy caballero,
y como tal no me agrada,

ni en mi presencia consiento
que se ultraje á una señora.

FERMIN.

¿Y á tí quién para este entierro
te dió vela? Un mal amigo,
un hombre á quien yo hice dueño
de toda mi confianza,
que de ella abusa ¿es por cierto
quien se atreve á echarme en cara
mi proceder?

LUIS.

Te lo echo.
Si señor.

FERMIN.

Pues yo no sufro..... *(Gritos.)*

LUIS.

Yo tampoco.

ADELA.

¡Santos cielos!
¡Pues cómo! Por Dios señores.....

LUIS.

Está muy bien. En saliendo *(van*
se verá. *ácia la puerta.)*

FERMIN.

Cuando tú gustes.

ADELA.

(Mal golpe fuera por cierto. *(Ap.)*

LUIS.

(Mi tio, salí de afan.) (*Ap.*)

D. JUDAS.

Señoras felice dia. (*Deja el paquete.*)
¿Mas qué es esto? ¿Hay avería?

DOÑA MARIA.

Si señor.

D. JUDAS.

Voto á San.

DOÑA MARIA.

Sóstenla tú. (*A Inés.*)

INÉS.

No se cae.

DOÑA MARIA.

Inés, traele aquello.....

INÉS.

¿Cuál?

DOÑA MARIA.

Aquello que huele mal.

D. JUDAS.

Cuenta con lo que se trae.

LUIS.

¿El eter?

DOÑA MARIA.

Sí.

INÉS.

Se ha acabado.

DOÑA MARIA.

¡Qué descuido! En nada estan.

D. JUDAS.

Como haya en casa alquitran,
ese es remedio probado.

DOÑA MARIA.

¿Y vinagrillo?

INÉS.

Ha de haber.

DOÑA MARÍA.

Pues mira si en mis cajones
está el de siete ladrones. (*Vase Inés.*)

FERMIN.

(Los de Ecija habian de ser.) (*Ap.*)

DOÑA MARÍA.

Ay, si se me morirá,
Don Judas, si usted supiera
medicina.

D. JUDAS.

Bien pudiera,
porque he leido á Le Rua.

DOÑA MARÍA.

¿Y allí no hay cosa que valga
para esto?

D. JUDAS.

Darle al contado
la purga del primer grado,

y salga por donde salga. . .

INÉS.

Aquí está ya. (*Vuelve Inés con un frasco.*)

DOÑA MARÍA.

¿Y bien, qué hacemos?

D. JUDAS.

No arriar en banda el tapon.

INÉS.

Descuide usted.

LUIS.

(¡Qué ficcion!) (*Aparte.*)

DOÑA MARÍA.

¿Le hará daño?

D. JUDAS.

Allá veremos.

DOÑA MARÍA.

¿Qué se decide por fin?

D. JUDAS.

Yo creo la han de aliviar
ayudas de agua del mar.
¿No os parece bien, Fermin?

FERMIN.

(A ver como no revienta.) (*Ap.*)
¿Mas yo qué sé?

INÉS.

Por san Pablo.

FERMIN.

Traíganle un doctor ó un diablo.

D. JUDAS.

Lo mismo es ocho que ochenta.

LUIS.

(¡Qué tardar!) Tio. (*Ap.*) (*Bajo á don Judas.*)

D. JUDAS.

¿Qué quieres?

LUIS.

¿Está todo?

D. JUDAS.

Todo está.

LUIS.

Al caso pues.

D. JUDAS.

Allá va.

Posible es que las mugeres (*Alto.*)
siempre y en todo han de errar,
irse á poner mala el dia
que yo el novio le traía
es cosa particular.

DOÑA MARÍA.

¡El novio!

FERMIN.

¡Su novio!

D. JUDAS.

Cierto.

FERMIN.

¿Pero quién es?

LUIS.

Calla ahora. (*A Fermin bajo.*)

DOÑA MARÍA.

¿Y está en Cádiz?

D. JUDAS.

No señora.

FERMIN.

(¡Es sueño ó estoy despierto!) (*Ap.*)

DOÑA MARÍA.

¿Mas cómo, si aun no ha llegado,
puede usted traerle acá?

INÉS.

Señorita, oye usted. (*Al oido á Adela.*)

ADELA.

¡Ah!

INÉS.

Ya vuelve.

LUIS.

¿Se le ha pasado?

ADELA.

¿Dónde estoy?

D. JUDAS.

En una silla.

ADELA.

¿Y ellos?

INÉS.

Solo fue una chanza.

ADELA.

¿Se mataron?

D. JUDAS.

¡Qué! ¿Hay matanza?
Pues acoto una morcilla.

INÉS.

Delira.

D. JUDAS.

Entonces no hay trato.

DOÑA MARÍA.

¿Qué sientes?

ADELA.

Mucha opresion,
mas ya se pasa.

D. JUDAS.

Es pension.

DOÑA MARÍA.

¡Oh! Sus nervios y mi flato
á ambas nos sacan de quicio.
Gracias que hoy volvió al momento.

D. JUDAS.

Si esa voz de casamiento
es la trompeta del juicio.

DOÑA MARÍA.

Al caso.

D. JUDAS.

Por el vapor
recibí há pocos instantes
los papeles de que antes
hablé ya á usted.

DOÑA MARÍA.

Si señor.

FERMIN.

¿Mas Luis.....? (*A Luis.*)

LUIS.

Chito, y destierra (*A Fermin.*)
todo cuidado.

FERMIN.

(Estoy loco.) (*Aparte.*)

D. JUDAS.

Hice rumbo aquí, y á poco
eché el cargamento en tierra.

DOÑA MARÍA.

Pero bien, doy de barato
que esté ya arreglado eso.
¿Él viene?

D. JUDAS.

No en carne y hueso;
pero traigo su retrato.

ADELA.

¡Su retrato!

DOÑA MARÍA.

Con que al fin.... (*A don Judas.*)

D. JUDAS.

Ya el asunto es decidido. (*A doña María.*)

FERMIN.

¿Mas qué es esto?

DOÑA MARIA.

Que marido
tiene mi hija, don Fermin.

D. JUDAS.

Tome usted. (*Da el retrato á Ad.*)

DOÑA MARIA.

Sí, que á ella toca
juzgar si es bonito ó feo.
Inés, mis gafas.

ADELA.

¡Qué veo! (*Mirando el retrato.*)
¡Dios mio!

DOÑA MARIA.

¿Niña, estás loca?

ADELA.

Es el señor. (*Señalando á don Fermin.*)

DOÑA MARIA.

¡Cómo!

D. JUDAS.

Sí.

LUIS.

¿Estás? (*Bajo á Fermin.*)

FERMIN.

Ya todo adivino.

DOÑA MARIA.

Con que usted es.....

FERMIN.

El sobrino
de don Judas.

ADELA.

¡Y que á mí
tal me suceda! ¡Qué rabia!
¡Qué vergüenza!

DOÑA MARIA.

En conclusion
¿á qué vino esa ficcion?
¿Hubo causa?

LUIS.

Una y muy sábia.
En bien que tan cerca toca
como la propia ventura,
la reflexion mas madura
á veces suele ser poca,
y ni es esposa constante
quien veleta un tiempo ha sido,
ni nunca es feliz marido
quien no fue dichoso amante.

Si tal logró, él lo decida
puesto que es su novio.

DOÑA MARIA.

Y bien,
él se casará.

D. JUDAS.

Sí.

FERMIN.

¡Quién!
¡Yo con Adela! En mi vida.
No fuera mala locura.

DOÑA MARIA.

Bueno está. ¿Y el compromiso?

FERMIN.

Se acabó, pues ella quiso.

ADELA.

¿Qué dirán?

D. JUDAS.

Que quien procura
tener novios á montones,
este fruto ha de coger.

DOÑA MARIA.

¿Mas yo qué habia de hacer?

D. JUDAS.

Zafarrancho de moscones.
Que el que con buena bandera
viene á quererse casar,

si ve corsario en la mar
toma la vuelta de afuera.

DOÑA MARIA.

Yo no sé lo que me pasa.

FERMIN.

Luis, primo, mi ceguedad
perdona.

LUIS.

De mi amistad
es deuda. Vuelve á tu casa,
vuelve á Sevilla, y allí
curate de tu manía,
acordándote que un dia
nada valiste por tí.
Busca esposa amante y fiel,
que ese es el mayor tesoro;
mas no esperes hallar oro
si vas en pos de oropel.
Haz debida distincion,
y al bello sexo respeta,
que aunque haya mucha coqueta
muchas hay que no lo son.
En fin, júzgate de hoy mas,
cual los otros, que va errado
quien piensa será apreciado
si desprecia á los demas.
Y usted Adela, que ha sido

víctima de tal contienda
cambie de norte; y la enmienda
le hará ganar lo perdido.
Reflexione cuanto daña
á su honor conducta tal;
pues la opinion es cristal
que aun del aliento se empaña.
Sea en todo compromiso,
formal, constante, amorosa,
que no vale para esposa
quien hoy ódia y ayer quiso.
En fin, pues desliz tamaño
mereció tal escarmiento,
de ambos el comportamiento
remedie futuro daño;
y ojala que esta leccion
os pueda bien demostrar,
el fin que suelen lograr
Coquetismo y Presuncion.

Se hallará de venta en la librería de doña Antonia de Sojo, calle de Carretas, frente á Correos; y en la de la señora viuda de Quiroga en la misma calle, frente á la Imprenta Real, á 5 rs. vn.